

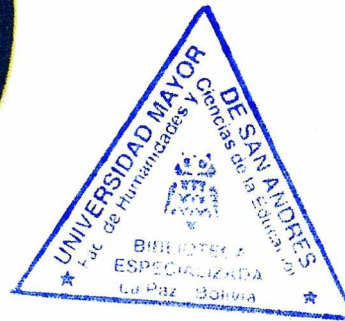
LIT-88

T-2069

**UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN ANDRÉS**  
**FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN**  
**CARRERA DE LITERATURA**



**Nº 2172**



85673

**TESIS DE LICENCIATURA**

**"SUEÑO DE VISIÓN NOCTURNA"**

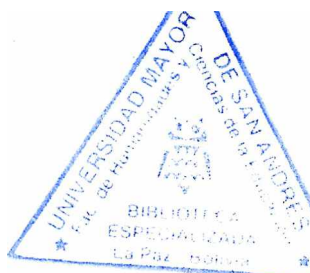
**"LA HISTORIA DE UN INSTANTE. WIETHÜCHTER Y LOYNAZ,**  
**JARDINES DE LA PALABRA POÉTICA"**

**POSTULANTE : Carolina Maldonado Leyes**

**TUTORA : Dora Cajías**

tiO

**LA PAZ — BOLIVIA**



**Agradecimientos:**

A Dios, a mis papás, a mi esposo,  
a Manina y a mis queridas amigas Montse y Dani,  
por su apoyo incondicional y gran cariño.

**Dedicatoria:**

A cuatro ángeles que me acompañaron durante la jornada:

Mis papis que comenzaron a andar conmigo,  
Angel y Santiaguito que se unieron a medio camino.

## ÍNDICE

	<b>Pág.</b>
<b>SUEÑO DE VISIÓN NOCTURNA .....</b>	<b>6</b>
<i>Como voz que dama desde el polvo</i>	7
I. ....	10
II. ....	14
III. ....	17
IV. ....	20
V. ....	24
VI. ....	28
VII. ....	33
VIII. ....	36
IX. ....	39
X. ....	43
XI. ....	46
XII. ....	50
XIII. ....	53
XIV. ....	56
<i>(Como voz que dama desde el polvo) .....</i>	<i>59</i>

<b>LA HISTORIA DE UN INSTANTE. WIETHÜCHTER Y LOYNAZ, JARDINES DE LA PALABRA POÉTICA.....</b>	<b>62</b>
LA BÚSQUEDA DE UN CAMINO ANDADO.....	63
1. Soledad: Nostalgia de la continuidad perdida.....	61
2. El jardín, principio y fin de la búsqueda.....	64
3. El camino de retorno .....	66
4. La Estrategia: El Injerto.....	69
EN EL PORTAL DEL JARDÍN.....	71
1. <i>El jardín de Nora</i> : el fruto de la conciliación .....	71
2. <i>Jardín</i> . Un injerto tras otro.....	82
DESANDANDO EL CAMINO .....	94
BIBLIOGRAFÍA .....	99

## **SUEÑO DE VISIÓN NOCTURNA**

### **Como voz que clama desde el polvo...**

*Has estado allí parado por mucho tiempo ya, al borde. ¿En qué piensas?, ¿qué sientes? Estás cansado, se nota. Te tiemblan las manos, ¿verdad? Aún cuando tratas de detenerlas, te tiemblan las manos. Sopla el viento, desordena tus cabellos y precipita hacia ti y hacia aquella inmensidad un montón de hojas blancas: hojas secas, tan secas como tu mirada. Eres joven aún, sin embargo, el peso que traes encima ha sobrepujado a tu postura, se te han caído los hombros, se te ha hundido el corazón...*

*Tomas aire y empiezas a descender. Te traicionan tus pasos y tambaleas, tropiezas. Se está escondiendo el sol, el espectro negro de las montañas te cubre. El viento, todavía siniestro, te impulsa hacia delante y, mientras la tierra se estrella contra tu cara, te preguntas para qué... Todavía te siguen algunas hojas...*

*Cuando llegas por fin a la ciudad en ruinas, la oscuridad ha invadido el lugar casi por completo. Caminas. En tu recorrido tus manos palpan lo corroído de los muros. Palpan, buscan, sienten... no encuentran nada. Y caminas, tropiezas,*

*caes, buscas algo en el piso, no hay nada, te levantas, chocas, apresuras tus pasos, lloras, desesperas... De pronto, te detienes: tus manos han encontrado algo. Extrañamente existe un muro que aún conserva su tersura; lo acaricias, el pulido es perfecto. Una de tus manos detiene tu llanto, mientras que la otra detiene su marcha sobre la pared. En silencio, recuerdas algo pasado y, en ese instante, sientes que la piedra te quema la mano, está helada.*

*Retrocedes y vuelves en ti, reconoces entonces aquella estructura: es el templo de la ciudad. Al parecer, es lo único que ha permanecido intacto. Tiritan tus ojos, húmedos, distantes, mientras el polvo te embarra la mirada. Decides entrar. Necesitas descansar, necesitas... aunque sea por un instante, dejar de pensar, dejar de recordar. Avanzas un poco y allí, sí, donde tus pies se han detenido, donde tu mirada se ha posado, en la oscuridad y en el silencio, te dejas caer.*

*Cuando despiertas, un rayo de luna que astutamente ha penetrado el lugar te alumbra, choca con las paredes y va rebotando a lo largo de un pasillo. Te preguntas si habrá sido un sueño. Escribías... pero la imagen es muy borrosa ya. Instintivamente te levantas y, al hacerlo, una de tus piernas ha golpeado algo. A tus pies, encuentras un libro. Lo recoges y lo observas. Es un libro antiguo, extraño. ¿Sería éste con el cual soñaste? Tratas de abrirlo pero no puedes: está sellado. Un parpadeo de luz te distrae. En el pasillo, crees ver deslizarse una sombra. Vas tras ella.*

*A cada paso la claridad se difumina, pero más allá tus ojos han encontrado algo. Extrañado, reduces la velocidad de tu andar... es cierto, hay alguien: De frente a un muro, un niño de unos ocho años de edad observa detenidamente algo. Te acercas y quieres hablarle, pero algo muy extraño o quizás muy familiar en el pequeño te lo impide. Ni siquiera te mira, pareciese que ni te siente allí. Diriges la mirada a lo que él está viendo; allí, en la pared, escrito está un mensaje. Tratas de leerlo. No lo entiendes. Miras otra vez al pequeño, éste mueve los labios. Vuelves*



*a mirar, vuelves a intentarlo. Y de repente, tus labios empiezan a interpretar la escritura. Asombrado, vuelves la vista, pero el niño ha desaparecido.*

*Vuelves tu atención otra vez a la pared, el mensaje también se ha ido. Te extrañas, insistes buscando. Es inútil, ambos, niño y mensaje, se han esfumado. Algo entonces, algo del mensaje que leíste, te recuerda el libro que llevas en la mano. Lo observas por todo lado, tratas de abrirlo y esta vez no encuentras dificultad para hacerlo. Como no logras ver bien su contenido, decides buscar un lugar más claro. Cuando estás por retirarte, giras bruscamente, en realidad te ha parecido escuchar una voz: alguien llamándote. Esa impresión te ha estremecido todo el cuerpo. Y aún cuando ya no escuchas nada, tienes la impresión de que alguien, no el niño, alguien más está o ha estado allí hace poco.*

*Guardas silencio, tus sentidos escudriñan en la oscuridad. Nada, no hay nadie. Lentamente y desconfiado giras y empiezas a caminar. Tu atención se vuelve a centrar en el libro.*

*Más allá te sientas, sopesas el libro y palpas sus hojas. Le das un vistazo a la escritura, no es tu lenguaje pero reconoces los caracteres, son los de la pared. Vas a la primera página, en ella hay algo así como un esbozo de lo que pareciese ser una ciudad vista desde una colina, y en la colina, un árbol. Es el dibujo del lugar donde hasta hace un momento estabas observando. Es hermoso, piensas. Entonces, seducido por descifrar aquellos caracteres, sí, cuando tu concentración se ha agudizado y te parece empezar a entender, una suave melodía llega para envolverte. No proviene del templo, no. Parece venir de afuera, parece ser el viento. No le das importancia y comienzas a leer...*

1.

Aquella noche no pude dormir, una tormenta de pensamientos estallaba en mi mente, resonando en mi pecho y derramándose por mis ojos. A la mañana siguiente no quedó más que el rastro salado de mi tristeza y un leve ardor en mi mirada y, sin embargo, la zozobra no terminaba de escampar. Lo habían matado... y sólo entonces me había dado cuenta de cuánto lo quería. Acurrucado en medio de la cama, abrazado al frío de la noche, recordaba una y otra vez el día en que me llevó en sus brazos; y me preguntaba: "¿Por qué lo hizo?" Y una y otra vez volvía a mi mente: "Ahora qué importa".

Me levanté y descalzo, sin hacer ruido, me deslicé por la casa; no fue difícil pues no había nadie. ¿A qué hora se habrían ido las mujeres? ¿Se habría ido Gid con ellas? Me asomé a la puerta: afuera tampoco había nadie; en las calles, las plumas esperaban pacientes a ser recogidas. Todavía no amanecía. Tomé valor y salí corriendo rumbo a la colina en cuya cima se encontraba mi refugio, aquel fresno de hojas blancas que ahora, mecidas por el viento, agitaba suavemente sus ramas, parecía saludarme. Acudía a tal gentil invitación cuando algo inesperado frenó mi intención: varios hombres armados se habían dispuesto en los límites de la ciudad custodiando que nadie saliera de ella. Esperaban, supuse, atrapar al autor del reciente asesinato. La dureza de sus rostros me infundió miedo y me escondí. El viento empezó a soplar más fuerte, mi amigo parecía impacientarse.

"Lo siento, quizás mañana", susurré. De súbito se desató tal vendaval que inclusive los guardias, derrotados por la polvareda, escaparon abandonando a sus pies las armas que portaban. Por un momento pensé en aprovechar aquel instante y salir corriendo hasta llegar a mi objetivo pero una vez más, me vi frustrado por el miedo. Y otra vez recordaba... y otra vez me preguntaba... No obstante, corrí, sí, corrí con todas mis fuerzas, pero en dirección contraria. Nuevamente me interné a la ciudad.

Conforme avanzaba, el viento disminuyó su furia y yo, el ritmo de mi marcha. Sin darme cuenta había llegado al Templo de la ciudad, sin embargo, algo nuevo tenía ahora: la entrada estaba descubierta. Recordé cuando, años atrás, aquella extraña pero tan familiar construcción tan sólo era un montón de piedras y recordé también la noche en que las vi danzar. Con cautela, me acerqué al portal y esforcé la vista en su interior por si lograba distinguir a alguien o algo. Salvo por el canto agitado de mi pecho, el silencio era absoluto. Sentí entonces que alguien me impulsaba a avanzar, me di la vuelta, era sólo el viento. Decidí entrar.

El suelo estaba helado; los pies se me entumecían casi tan rápido como mi corazón al internarme en aquella densa oscuridad. Me detuve, más congelado por el miedo que por el frío; me quedé inmóvil, en medio de la nada. Allí, solo y asustado, me asaltaron una vez más aquellos pensamientos que se habían levantado de la cama conmigo. Esta vez, no lloré.

De pronto, se quebró el silencio: escuché mi nombre. Hacía mucho que nadie me había llamado por mi nombre; es más, casi lo había olvidado ya. No terminaba de entender lo que ocurría cuando lo escuché otra vez. Giré tímidamente y no hallé nada, la verdad es que a penas si podía verme las manos extendidas ante mí. Y otra vez, como si viniese desde lo profundo de la tierra, resonó con mayor nitidez mi nombre. Confundido, cerré los ojos con fuerza esperando que algo más sucediera. Y así fue, la voz, quieta pero profunda, comenzó a contarme, paso tras paso, la historia de nuestro pueblo.

Allí en medio de la oscuridad, escuché la narración del día cuando decidieron salir de la ciudad antigua, de todo el tiempo y desierto que recorrimos, de cómo fue que llegamos a este valle y cómo se construyó esta ciudad; se me relató, o se me mostró más bien, la guerra que se había desencadenado. La voz me dio nombres, nombres que conocía, algunos que amaba. Me contó sobre Shule y sobre cómo y quién lo había matado. Excepto por aquel último acontecimiento, lo demás lo había visto y vivido, pero ahora, de alguna manera, mi percepción de aquellos hechos era mucho más clara. Los recuerdos se hicieron más sólidos, los sentimientos, al contrario, más frágiles. Una a una, las respuestas fueron llegando. Yo no había decidido huir, a mí me habían arrancado de mi tierra, de mis padres, sus padres... Él, Shule, no era mi padre, ¿por qué entonces lloraba su pérdida?

Para mi asombro, la narración no se detuvo en los sucesos de la noche anterior, sino que continuó relatando la historia, la que aún no había ocurrido. Vi entonces lo que no podría ver después, y entendí lo que no entendería después. Vi tu muerte, Shared y conocí tu sufrimiento, Cohor.

"Escribe", me dijo, "escribe lo que acabas de escuchar".

Absorto por la sucesión de aquellos hechos escalofrantes y por los verdaderos motivos que los desencadenarían, guardé silencio sin saber qué hacer o decir.

"Escribe", ordenó, "escríbelo todo".

Tembloroso, todavía sin volver en mí, aterrado por aquella funesta visión retrocedí y caí al suelo. Junto a mí, hallé un libro: aquel que tan sólo podía escribir yo, pues conocía y también era dueño de la escritura de quien me mandaba a hacerlo. Este libro, donde ahora escribo, donde confino entre los bordes de sus hojas una historia ya narrada; historia de la cual no fui protagonista sino tan solo un testigo.

Sin levantarlo, me levanté a mí mismo. La mañana llegaba al valle y algunos rayos de sol lograron penetrar el Templo descubriendo sus finas y tersas paredes. Traté de escapar, pero mis pasos se hacían tan pesados... me apoyé en una de las paredes, respiré hondamente rasgando con rabia las lágrimas que se asomaban. Empecé a repetir en mi mente, una y otra vez, que no podía, que no lo haría, que no quería hacerlo...

Sentí la brisa del viento penetrar aquel recinto, ¿venía a consolarme? Se me concedió un momento. Traté de controlar mi respiración a medida que trataba de controlar mis pensamientos. ¿Por qué? ¿Para qué? Eran algunas de las preguntas que me rondaban la cabeza cuyas respuestas en el fondo conocía. "De todas maneras, la historia ya está escrita", me dije, buscando en ello una excusa, "Yo, tan sólo soy un mero transcriptor". Me habían dejado venir con ese propósito, luego, al finalizar, ¿acaso me dejarían volver? ¿Acaso no terminaría yo también preso de aquella red de palabras tendida por mí mismo? ¿A quién me debía, a qué mundo pertenecía? Tan sólo era un niño, temía responder; habían escogido astutamente el tiempo para esta revelación, la profecía terminaba siendo muy grande para el profeta. Así que, dominado más por miedo que por lealtad, tomé una decisión: "Lo haré".

En cuanto las palabras salieron de mi boca parecieron flotar y desvanecerse contra una de las paredes. Allí, en el mismo lugar que las viera perderse, empezó a esculpirse nuestro acuerdo. Me acerqué a leerlo, nunca antes aquellos signos me parecieron tan hermosos, era la antigua escritura, la que debía usar en el libro. No bien terminé de leer la inscripción, llegó el resplandor blanco de la mañana que, amplificado entre todas aquellas paredes, me privó de la vista por un breve momento. Cuando pude ver de nuevo, la inscripción había desaparecido. El libro, sin embargo, permanecía allí, a la espera, inmóvil. Me acerqué, lo tomé y salí de aquel lugar.

## II.

Teníamos los pies descalzos, agrietados por la marcha. No habíamos dejado de caminar por meses. ¿Cuántos? Casi dos años. Hacía mucho tiempo que nuestro calzado había quedado confundido entre el polvo del desierto. Nuestro andar, ligero primero, pesado después, no se había detenido desde aquel día en el que decidieron huir.

Era muy pequeño cuando me llevaron y los pocos recuerdos que se fueron conmigo se secaron rápidamente bajo la tenacidad de aquel sol que nos acompañaba. Al final del recorrido había olvidado a mis padres, a mi familia y al mundo del cual un día fui parte. La única imagen, algo borrosa ya, que conservo hasta el día de hoy, soy yo jugando en la hierba cerca a un manantial de agua y Shule tomándome en sus brazos, arrancándome de allí. A veces, cuando el viento llega del oriente, me parece sentir en su vuelo el olor de aquel verdor que mis manos tocaran un día, pero la sensación es tan lejana, tan fugaz, que me es imposible convertirla en vivo recuerdo y no llega más que a vaga nostalgia.

Cuando salimos de la ciudad la gente no dejaba de cantar y bailar. El grupo estaba, a excepción mía, conformado por gente joven destinada a fundar su propio

pueblo, su propia descendencia. Sin embargo, conforme fueron pasando los meses, el alimento y el agua mermaron, los instrumentos callaron, las risas cesaron y las ilusiones se desvanecieron. Durante los dos años de vagancia ningún niño fue concebido. Habíamos pasado a ser de un pueblo libre a uno errante.

Un día como cualquier otro el sol, golpeándonos las espaldas, alumbró a lo lejos la silueta de alguien que parecía hacernos señas. Lentamente y con mucho esfuerzo, uno a uno se puso de pie, tomó sus cosas e instintivamente se dirigieron hacia aquella nueva presencia. Shule hizo lo mismo, salvo que al levantar sus pertenencias se olvidó de mí. Fue una mujer, una de las más hermosas que habían salido de la ciudad, quien me tomó de la mano, me sonrió débilmente y me llevó con ella. La miré y noté algo extraño, el dolor que sufría era diferente al del resto, el cansancio y la desolación que su mirada destilaba estaba teñida de una tristeza tan profunda que me confundía, de alguna manera me era familiar.

Caminamos hacia la multitud que marchaba adelante. Ya atardecía, los últimos rayos del sol se nos estrellaban contra la cara, no podía distinguir ya la silueta, a penas si podía ver algo más allá de mis pies. Seguimos al grupo subiendo una cuesta no muy empinada, más allá, en la cima, se detuvo el grupo. Me solté de la mano de aquella mujer y, escabulléndome entre las piernas, llegué al frente. Era un árbol, un árbol de hojas blancas que, agitando sus ramas, nos había conducido hasta aquel lugar. Al verlo, olvidé por completo el cansancio, el hambre, la sed... no me percaté incluso de lo que la gente se había detenido a ver. Me acerqué impulsado por un sentimiento extraño y abracé su tronco con todas mis fuerzas. Inmediatamente al contacto sentí su savia vibrar a compás de mi pecho. Escalé sus ramas y encontré en ellas más que un abrazo, un hogar. Un profundo y viejo vínculo cobraba vida.

A los pies de aquel árbol, en una hondonada, cual milagroso oasis, se desplegaba ante la vista fascinada de todos, un paraje paradisíaco. Por fin, la marcha había

terminado. El lugar era perfecto. Descendiendo la colina, cubierta de suave hierba, se extendía un valle amplio circundado en el fondo por grandes y blancas montañas, de entre las cuales, deslizándose tímidamente por aquellas piedras blancas, un pequeño río lo atravesaba. Flores de diferentes colores adornaban las orillas del río; todo tipo de arbusto crecía cerca de allí, muchos de ellos cargados de frutos silvestres. Al fondo, hacia las montañas se levantaba un pequeño bosque de árboles enormes. La tierra era buena, apta para cultivar en ella lo necesario para nuestro sustento.

La gente empezó a descender y, después de beber agua en abundancia y recuperar el aliento, se reunió al centro de aquel paraje. Sobre una roca, Shule atrajo la atención de todos. Las palabras empezaron a fluir libremente, bañadas de regocijo y de triunfo, libres de sumisión, libres por fin. Después de su discurso, arrancó el collar que traía puesto, aquel que tanto me gustaba, lo levantó en alto y, con una expresión de satisfacción plena, lo dejó caer a tierra. "No más", parecían decir sus ojos, "Nunca más", parecían responder las manos que se agitaban de los demás.

Pronto, el cansancio, la amargura y la desolación se desvanecieron en el olvido. Se extendieron las tiendas, se acomodaron los deseos y se organizaron para empezar su nueva vida. La gente volvió a sonreír, a cantar y a bailar.



Largas y gruesas eran las sogas que tiraban los bloques de piedra. Las montañas blancas, no de nieve, eran labradas cada día por los hombres: se edificaba la ciudad. Muy pocos árboles para ser echados abajo. A la cabeza de tal empresa se encontraba Shule, quien, junto a Gilead, había diseñado la estructura de la ciudad. La gente trabajó arduamente y en silencio. Por seis largos y pesados meses no hubo más canto que aquel que entonaban a la par martillos y cinceles.

Las casas se distribuirían en círculos, como el modelo anterior, pero dejando el centro vacío, lugar que antes correspondería al Templo de los Mayores. Al principio la propuesta no había sido del agrado de muchos, pero finalmente cedieron por la comodidad que presentaba, así les sería más fácil conservar el calor durante las noches en su nueva ciudad de piedra. Fue así que decidieron también dejar el centro baldío; ese lugar, allí donde cayera el collar de Shule, sería el perfecto monumento a su libertad y un tributo a los dioses abandonados. Por lo pronto, mientras duraba la construcción, aquel fue el sitio donde fueron a parar los pedazos de piedra sobrantes, los escombros. En poco tiempo, la cantidad de piedras que se dispuso allí fue inmensa.

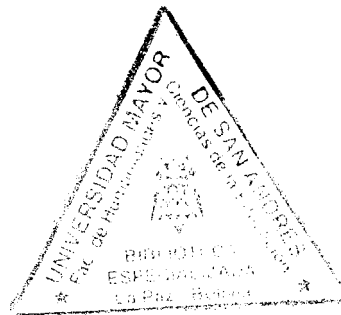
Nadie notó hasta mucho después que cada noche aquel montón de rocas iba cambiando de lugar, que cada mañana las piedras amanecían dispuestas de otra manera, extrañamente ordenadas. Más aún así, nadie tuvo suficiente tiempo o interés para darle importancia, salvo yo.

Una noche en la que la curiosidad me había quitado el sueño, cuidadosamente me levanté y me dirigí en silencio absoluto a aquel lugar. La oscuridad era densa. Al llegar al centro de la ciudad, escondido detrás del muro de la casa más próxima, observé maravillado un espectáculo increíble: La noche no era tan noche como minutos atrás; la luz de las estrellas parecía multiplicarse al encuentro con la superficie de los restos de piedra que habían sido dejados allí; grandes y pequeños pedazos de piedra que, ahora ante mí y para mi asombro, se deslizaban unos sobre otros, acomodándose, encontrando el preciso lugar que les correspondía. Y a medida que éstos se mudaban de un lado a otro los brazos plateados de la luna los iba puliendo con gran maestría. Todo parecía un sueño, un sueño que se desarrollaba en completo silencio.

Fascinado por aquel mágico suceso, sin darme cuenta, me fui acercando más y más. Cuando notaron mi presencia, las piedras se detuvieron por un instante. Sin saber qué hacer me quedé inmóvil, ellas no, retomaron el movimiento, pero esta vez para darme paso. Caminé como si me encontrara bajo la mirada aguda de una multitud en espera. Entonces, después de un trecho avanzado, más allá, en medio, entre todas ellas, cubierto de polvo, reconocí el collar azul que tanto me gustaba. Sin pensarlo, corrí, lo levanté, lo sujeté con cuidado y volví por el camino que se me había abierto. Al estar a una distancia prudente, las piedras reanudaron su labor. En ese momento no me importó saber el propósito de esa entrega, no pensé si era un regalo para mí o para otra persona, no me importó nada más que tener ese hermoso collar entre mis manos.

Después de ello permanecí un momento más contemplando aquel movimiento de sincronía perfecta, de blanco ritmo, de silencio nocturno. Luego, al volver a casa, conforme me adentraba otra vez a la noche cerrada, el asombro también se fue oscureciendo desplazado por el entusiasmo de mi nueva posesión. Y es que en realidad, la experiencia de la que había sido testigo, en el fondo, no sé si por ser un niño tan pequeño, no fue tan sorprendente.

Pasaron los meses y, finalmente, la ciudad estaba terminada. La gente recogió sus cosas y las acomodó en sus nuevos hogares; se encendieron las primeras fogatas, se escucharon los primeros cantos. A la mañana siguiente se reunirían todos a recoger los escombros acumulados y declarar por fin su libertad. Sin embargo, esa noche, a manera de preludio del día próximo, todavía se viviría un suceso inesperado: el nacimiento del primer niño de la ciudad.



#### IV.

Oríah, la mujer que meses atrás me había tomado de la mano, dio a luz. Nadie sabía quién era el padre. Muchos de los hombres frecuentaban a esta mujer desde el día que salieron de la ciudad antigua pero, por lo que todos decían, a ninguno había correspondido. Poco tiempo antes de llegar al valle, comentaban algunas mujeres, que algo le había pasado a Oríah; lo que fuera, estoy seguro que fue la razón de la tristeza que vi en sus ojos.

La noche del alumbramiento un par de mujeres se reunieron para ayudar a recibir al pequeño. La expectativa era grande, él sería el primero que les pertenecería, el primer hijo, el tan añorado bebé. Poco antes del amanecer había nacido un varón perfecto, de tez blanca. Shule, quien había esperado afuera, y no sólo esta vez sino como muchas otras que como tantos había esperado una respuesta, esperaba ahora otra, quería ser el padre del pequeño. Cual no sería su asombro cuando escuchó un grito aterrador.

Ese día el sol se levantó muy pacientemente, y cuando algunos de sus primeros rayos alcanzaron el lugar del alumbramiento, el niño abrió los ojos. La mujer que lo sostenía, al verlo, lanzó un grito de espanto, y el pequeño, que minutos atrás

dormía calmado, empezó a llorar. Oríah se incorporó a ver qué la había asustado tanto: el pequeño tenía los ojos completamente blancos, sin iris, sin pupila. Tomó a su hijo mientras las dos mujeres que la acompañaban salieron corriendo a informar a Shule, quien inmediatamente entró a constatar el hecho.

"Tiene los ojos blancos" le dijeron, "Como los Mayores", pensó. El niño no dejaba de llorar, Oríah trataba de calmarlo cantándole, arrullándole, suplicándole... "No es nada", dijo, "Es sólo que... nació ciego", explicaba la madre asustada evitando con la mirada aquella pregunta. "¿Quién es el padre?". El niño no dejaba de llorar. "No lo sé" "¡Mentira!" Ahora lloraba la madre. Una noche, en el desierto, alguien había entrado a su tienda, pensó que era el viento, pero algo más entró en su lecho.

En la ciudad antigua sólo los Mayores podían ser padres; a los demás los habían creado, pero no concebido. Cuando nacía un bebé, éste tenía los ojos blancos como sus progenitores, pero como ellos también gozaba de un sentido de la vista extraordinario. Dentro de los muros de esa ciudad los menores no tenían el poder de procreación.

"Nació ciego", repetía suplicante la mujer, "sólo es eso". Pero Shule hizo caso omiso de sus ruegos. "Vete", ordenó, y salió de la habitación. Las lágrimas cesaron, las del pequeño y las de la mujer. Oríah, más allá de las palabras que la sentenciaban, acababa de comprender lo que le había pasado: El niño se allegó a su pecho y empezó a mamar; por primera vez, una mujer se convertía en madre.

Al salir de la casa, Shule notó algo extraño en el pueblo. Un movimiento agitado se había apoderado de la gente. Todos salían apresuradamente de sus casas en dirección al centro de la ciudad. Junto a ellos un rumor corría por las calles. Shule logró interceptar a uno para interrogarle sobre el motivo de aquel desplazamiento. "¡Las piedras! ¡Se han movido las piedras!" le dijo, "¿Cómo que se han movido, dónde están?", preguntó inútilmente Shule, mientras el hombre, quien había logrado zafarse, se perdía entre la multitud. Cuando llegó al lugar, encontró al

pueblo entero contemplando, compacto e inmóvil, lo que hasta el día anterior había sido un montón de rocas blancas.

Shule se abrió paso entre la gente y buscó a Gilead. Lo encontró en las primeras filas, pero lo que no encontró fue la respuesta que buscaba. Él, como todos, había quedado desconcertado. Allí, durante todos aquellos meses, durante cada noche, se había ido construyendo un maravilloso templo y hoy, estaba por fin terminado. Shule no lo podía creer. Nadie podía, salvo yo.

Furioso, buscó entre la gente a quien pudiera ser responsable. Pensó primero en aquellos que disientían con sus ideas. Buscó a Omer, el principal de este grupo, pero en su rostro no encontró sino la misma acusación y rabia que él profería. Comprendió entonces que ninguno de los presentes tenía parte en ello. Con la respiración agitada dio vuelta y, apartándose de la multitud, dio unos pasos adelante para enfrentarse, cara a cara, con aquella magnífica construcción. La observó detenidamente, no había dudas, conocía aquel diseño. Su acabado era perfecto, sus paredes lisas como un espejo, blancas como la nieve. Su mirada se posó entonces en el umbral de la entrada: los motivos que la adornaban eran los mismos que adornaban la puerta que, tanto tiempo atrás, había atravesado; eran los mismos de aquel portal por el cual juró no volver a pasar jamás. Dulce ironía, tampoco lo haría ahora pues la puerta estaba sellada.

Los ojos de Shule se llenaron de indignación y, por un momento, quiso estrellar sus puños contra aquel muro blanco. Pero Gilead, quien se había adelantado, presintiendo lo mismo que todos, el mismo temor, lo detuvo. En ese preciso momento, los rayos del sol que habían tomado ya cierta altura, chocaron contra los muros del templo provocando tal espectro de luz que, amplificado por el rebote en los muros de toda la ciudad, encegueció a todos por un instante. Ese fue el día del primer resplandor. Después de ello, poco a poco, la gente, asustada y confundida, se fue retirando a sus respectivas casas.

Durante el día, algunos volvieron al Templo a observarlo una vez más; al atardecer Omer y un grupo con el que siempre andaba se encontraron allí. No dijeron nada, pero sus miradas delataban una misma intensidad, un mismo sentir; era hora, Shule estaba vulnerable, necesitaban un plan para derrocarlo. La gente se fue dispersando. Cuando me disponía a retirarme noté que aún quedaba alguien, era Oríah con el niño en los brazos. ¿Cuánto tiempo habría estado allí, pensando, buscando respuestas? Me acerqué a ella y me reconoció. Me miró y sonrió, sus ojos ya no tenían la tristeza de antes. Miró a su hijo con ternura y se inclinó para mostrármelo, dormía. Sonreí también, ella se incorporó, se despidió con la mirada, y se fue. Yo la observaba alejarse cuando de pronto algo rozó mis piernas, algo que me hizo tambalear: eran dos pequeños gatos grises que se dirigían en dirección a Oríah y al recién nacido.

Sentí un leve estremecimiento, el viento empezaba a soplar. Me di la vuelta, la entrada del Templo seguía sellada. "Se habrán movido las piedras", pensé. Noté entonces en el piso una hoja blanca. Me incliné a recogerla, la conocía. Otra más y otras cayeron a tierra. Me levanté y observé entusiasmado cómo el viento traía centenares de aquellas hojas que tanto yo quería. Esa noche el fuego y la plática se apagaron pronto; todos se fueron a dormir temprano, pero el sueño, también se había consumido. Afuera, en medio del silencio y de la oscuridad, bailaba el viento, celebraban las hojas; y a lo lejos, en dirección a las montañas, entre salto y salto se perdían los dos gatos.

## V.

Había despertado toda mojada. El sueño de la noche anterior la había dejado algo más que inquieta. Antes de quedar dormida había sentido la presencia de alguien en su tienda; se levantó enseguida pero no encontró a nadie. "Sólo es el viento", pensó y se recostó nuevamente. Las siguientes horas o minutos, sin embargo, no estuvo sola. Soñó, o al menos eso creía ella, que uno de ellos la tomaba para sí.

"Los Mayores no aman", le había dicho Shule tanto tiempo atrás cuando persistía en buscarla. "Pero yo sí", había respondido Oríah, aún sabiendo que ese amor no tenía esperanza. Nunca antes, nunca jamás uno de los Mayores se había fijado en una mujer como ella, menor. Quizás por eso, más por desilusión que por rebeldía, accedió a unirse al grupo disidente.

Aquella noche, sin embargo, ella había sentido amor; la posesión y la entrega habían sido tal como ella lo había imaginado siempre. Pero, un hijo... eso estaba fuera del alcance inclusive de las murallas de la ciudad. Ahora, con el niño dormido entre sus brazos se disponía a dejar nuevamente su hogar. Siguió el río, hacia las montañas. Allí, dentro de una pequeña pero profunda cueva, donde las aguas encontraban su fuente, armó un lecho de paja fresca, extendió el manto con



el que envolvía a su pequeño y, en el silencio y la oscuridad de la oquedad, se recostó a descansar.

Poco tiempo después se dio inicio a la construcción de los viveros; había que proteger la cosecha, ya que los meses anteriores no habían producido lo suficiente debido al resplandor de cada mañana. Oríah participó junto a las demás mujeres en la elaboración de grandes mantos que cubrirían los cultivos; sin embargo, a pesar de los días transcurridos, su presencia no era bien recibida por el pueblo. Rumores e injurias la acosaban, palabras soeces y miradas impertinentes se estrellaban en contra de su hijo. Evidentemente, el niño era ciego, pero aún así, la desconfianza y el recelo no fueron condescendientes con aquella tierna vida ni la de su progenitora.

Pasaron los meses y los años y el pequeño Cohor, nombre que le había dado con mucho cariño su madre, empezó a conocer el mundo. Cada día, cuando Oríah se levantaba muy temprano para salir a trabajar en los cultivos, el niño se quedaba en la cueva durmiendo a cargo de los dos pequeños felinos. Desde el día en que ellos la acompañaron, habían demostrado un afecto especial al pequeño ganando así la confianza de su madre. Era como si tuviesen conciencia de la fragilidad del pequeño, pues cuando se acercaban a él lo hacían con sumo cuidado. Cuando Cohor empezó a caminar fueron ellos sus guías. Así, mucho antes del resplandor, cuando llegaba Oríah a alimentar a su hijo, lo encontraba riendo y jugando, casi como un niño normal, con sus dos pequeños amigos.

A pesar del rechazo del pueblo en general, Cohor tuvo una infancia feliz. Oríah era una mujer cariñosa y dedicada, y cuando no estaba ella, estaban los gatos para mimarlo. Cuando la madre se demoraba en llegar, los dos felinos se recostaban al alrededor del niño brindándole el calor de su gris pelaje y el arrullo de su ronroneo. Para cuando Oríah llegaba Cohor ya estaba dormido, sin embargo, aún así lo tomaba entre sus brazos y le cantaba una canción de cuna. Cohor fue un niño amado.

Un día, al cumplir su primer año, Oríah llevó al niño a la ciudad. El rechazo de la gente, sin embargo, era diferente, existía en él algo diferente. Cohor había dejado de ser el único niño, otros más habían nacido. Las recientes madres se escondían velozmente, las puertas se cerraban al paso de Oríah. El temor, no obstante, no era causado solamente por la presencia del niño de ojos blancos, no. Aquellos eran días de tener mucho cuidado.

Durante el primer año de la ciudad, el pueblo se había dividido en dos bandos: Uno presidido por Shule, el otro, por Omer. El temor que había surgido a partir de la aparición del templo, había obligado a la gente a buscar cierto refugio en el pensamiento de uno de estos dos personajes. Ellos, por su lado, aprovecharon este fenómeno para atraer a sí mismos a cuantos más pudieron de entre el pueblo. Shule necesitaba apoyo para continuar como guía del pueblo; Omer, lo necesitaba para apoderarse de aquel puesto. La intriga se hizo más fuerte, las reuniones secretas más frecuentes, y el temor, mayor.

A los dos años de Cohor, la situación en la ciudad era tan tensa que la gente dejó de salir por las noches, salvo aquellos que, cautelosamente se deslizaban de casa en casa para elaborar sus planes secretos. Las noches así parecían más oscuras, más frías, más cómplices. Sería una de estas noches que, traicionado por uno de sus amigos, Omer sería asesinado.

No obstante los sucesos nocturnos, los días parecían ser tan claros como aparentaban. La gente salía a trabajar, los cultivos eran labrados, las casas eran limpiadas, los niños educados. La gente transitaba por las calles con aparente tranquilidad. Y así, pasaron los días y los meses, las plumas empezaron a caer del cielo, pasó un año, dos...

Hasta que un día, después de ser alimentado en la soledad de varias noches y cubierto por la claridad de muchos días, llegó el momento en el que ambos

bandos se enfrentaron. Las mujeres se refugiaron junto a sus hijos en sus casas, desde las cuales escucharon de cerca el combate cuyo escenario fueron las mismas calles y cuyo desenlace acabó en el centro de la ciudad. Casi llegado el atardecer, los bandos se replegaron. El llanto y la confusión invadieron los hogares y el luto contrastó, en muchos de ellos, la blancura de sus muros.

A los dos días, Oríah acudió al llamado urgente de los de la casa de Shule. Tomó a Cohor, de cuatro años ya, y lo llevó de la mano a la ciudad. El niño se dejó guiar por aquellas calles que hacía mucho no había recorrido; entraron a una casa y de súbito su madre se detuvo. Ella tomó a su hijo con delicadeza y lo llevó a un rincón de la habitación. "Ahora vuelvo", dijo, y el niño se sentó y silenciosamente empezó a jugar con sus dos felinos amigos que, para entonces, ya les habían dado alcance.



## VI.

Cierto día, cuando todavía no salía el sol, sigilosamente salió Gilead de su casa. Vasija en mano, se dirigió hacia las montañas, al río, allá, por la cueva donde vivía Cohor. El camino se le hacía largo, el silencio le hacía desconfiar: se detenía, escuchaba, giraba, volvía a caminar, nadie lo seguía. Cuando llegó al lugar, como muchas otras veces, llenó el cántaro que traía. Antes de levantarse, y después de cavilar por un momento, extendió la mano y tomó del fondo del río una piedra de regular tamaño. Inmediatamente la dejó caer al fondo del recipiente y se puso de pie.

Recordó el día en que conoció a Maha. No era un río, pero había agua y vasijas llenas. Era en el pozo de la otra ciudad donde la había visto por primera vez. Recordó lo ondulado de sus cabellos caer suavemente sobre su espalda, la tierna sonrisa que adornaba su rostro y aquellos ojos, cuya profundidad rebasaba la profundidad del pozo. Se le acercó, le ofreció su ayuda y la acompañó a casa.

Ahora retornaba a la suya, donde ella seguramente todavía dormía. La miraría con cariño, apartaría sus cabellos de su rostro marcado por el llanto de la noche anterior y, sin despertarla, se dirigiría a pesar de todo a la habitación trasera donde comenzaría su labor. Ella seguiría durmiendo un poco más.

Aquel tiempo había sido el mejor para ambos. Él se la llevó a vivir consigo y ella se dejó llevar. Recordaba los paseos por los interminables jardines, el olor de las flores mezclado con el néctar de su piel. "¡Qué hermosa estás!" y ella respondía con una sonrisa. Pasaban el tiempo como si fuera a terminar cada noche, y cada noche se amaban como si fuera la última vez. Al amanecer nacían nuevamente el uno para el otro. "Te amo" y él respondía con una sonrisa.

Atravesó la casa en silencio, introdujo la mano en la vasija, tomó la piedra, la secó y la observó con cuidado. La apoyó en un tabique y empezó a golpearla por uno de sus extremos con otra piedra de mayor tamaño que, de la misma manera, había conseguido días antes. El primer golpe, extrañamente, coincidió con el resplandor de la mañana. Lo vio correr por las ventanas y perderse por detrás de la casa. Se detuvo por un momento y pensó en lo que, por encargo de su amigo, habría de hacer esa noche.

Gilead empezó a relacionarse con Shule mucho después de su unión con Maha. Fue a partir de ese encuentro que la relación con su amada empezó a deteriorarse. Maha sabía que Shule era un rebelde, conocía sus planes pero no compartía sus locas intenciones y su mayor temor era que éstas terminaran por conquistar a su esposo. Gilead, sin embargo, halló cordura en la propuesta de su amigo y, más pronto de lo que imaginó, a pesar de las advertencias de su esposa, se halló convencido de ella.

Cuando iba a dar el segundo golpe sintió la presencia de Maha bajo el umbral de la puerta. Allí estaba, en silencio, observándolo, juzgándolo. No obstante, conociendo el efecto que causaba en ella cada golpe, continuó con ritmo impasible. Conforme pasaban las horas, la piedra fue adquiriendo filo, el suficiente para hacer el trabajo sencillo. La limpió y empezó a pulirla. ¡Qué bien encajaba en su mano!, y, pese a lo que aquello significaba, sintió mucha satisfacción al ver la obra terminada. Volteó para compartir el resultado con su esposa pero ella ya se

había ido. Sintió entonces esa sensación de abandono, la misma que sentía cada vez que peleaba con Maha.

Las peleas se hacían cada vez más frecuentes. Recordó una en especial cuando Maha, sumida en llanto, le había suplicado desistir. Pero él estaba decidido, si ella no se iba con él, no la obligaría. Pero Maha lo amaba, y entre el miedo y aquel sentimiento, pudo más el amor. Poco después, Gilead la llevaba de la mano junto a aquel grupo desertor. "Todo estará bien", y la abrazó esperando que quizá, cerca de su pecho, sintiera cuánto la amaba también.

No se lo había dicho hacía cuánto... El sol todavía no se había escondido cuando llegó Shule. Se sentaron y Gilead le presentó el arma envuelta en un pedazo de tela. Shule, sin siquiera verla, la guardó bajo el cinturón que llevaba. Discutieron los últimos detalles de lo acordado; todo estaba listo, sólo había que esperar. Esa noche Omer se reuniría con uno de sus espías dentro de los viveros. Shule y un par de hombres interceptarían a este último, mientras que Gilead, entrando por el lado opuesto a los cultivos, esperaría a su víctima.

Al irse Shule, Gilead lo siguió con la mirada como lo había hecho aquella vez en medio de la multitud que esperaba su llegada. El grupo se había reunido a las puertas de la ciudad cuando lo vieron llegar. Cuál sería su asombro al ver al niño que traía en brazos. No terminaban de entender lo que hacía pero le guardaban respeto. "Se ha robado a uno de ellos", susurró alguien mientras Shule levantaba a la criatura en alto y exclamaba: "Ahora, los niños serán nuestros".

Gilead había jurado su lealtad, no podía dar marcha atrás. Y, aunque en su corazón también había jurado lealtad a alguien más, sabía que a ella, la noche anterior, ya la había perdido.

Llegada la hora salió de su casa. Saludó a cuantos se topó en el camino; no había mucha gente, era tarde. Entró a la casa de Shule, la puerta estaba abierta y la

fogata todavía ardía. Como había sido acordado, encontró el paquete en el patio trasero, debajo de un bloque de piedra, envuelto tal como había sido entregado. Respiró profundamente, saltó la pared y se escabulló en la oscuridad hacia los cultivos. Cuando llegó al lugar, tomó el arma y, de solo un impulso, rasgó la tela lo suficiente, herida abierta para poder entrar, sus pasos eran cautelosos...

El andar de Maha, triste y cansado, acompañaba muy bien a su rostro. Su sonrisa había dejado de tener color, sus pensamientos insistían en quedarse atrás, pero su corazón aún guardaba algo de esperanza para el futuro. Cuando se inició la caminata, Maha se apegó mucho a mí, a pesar de la gran desconfianza que mi presencia propiciaba en general. Me miraba con cierta ternura, pero en el fondo, sus ojos sólo me pedían perdón. Pasó el tiempo y, la imposibilidad de concebir, no sólo de ella sino de todas las mujeres, la entregó al miedo y la alejó de mí, de igual manera que ahora la alejaba de su esposo.

La imagen de la entrada desgarrada se confundía en la mente de Gilead con la garganta de Omer, cuyo cuerpo acababa de dejar tirado entre los cultivos. Sin detenerse, y esta vez, sin mirar a ningún lado, salió corriendo de aquel lugar. Parecía ser que volvía sobre sus propios pasos, que el tiempo daba marcha atrás: el mismo sendero, la misma pared, el arma envuelta y puesta debajo del bloque de piedra, la entrada a la casa de Shule, la fogata ardiendo... y, sin embargo, ya no era el mismo: había matado a un hombre.

Finalmente después del largo peregrinaje, después de la construcción de la ciudad y la aparición del Templo, Maha decidió no tener hijos. Gilead no insistió. Pero aquella decisión le permitiría entregarse de lleno a las ideas dirigidas por Shule y, por consiguiente, a terminar de romper su relación con la que había sido su pareja ideal. Maha por su lado, empezó a frecuentar el Templo, remordimiento, quizás, pero nunca la entrada le fue abierta.

Una vez controlada su agitación, Gilead se dirigió a la habitación continua. Shule lo esperaba; sin decir palabra alguna, ayudó a su amigo a limpiarse la sangre de las manos. Lo abrazó fuertemente; todo había salido a la perfección. Al día siguiente, la gente encontraría el cuerpo y la evidencia de que allí, sólo había uno que podía gobernar.

Cansado, apenas hubo pasado el resplandor, Gilead salió de la casa y se dirigió a la suya. Esta vez no encontró a nadie a quien saludar; siguió caminando mientras pensaba que, al llegar, tampoco la encontraría a ella.





## VII.

Un día, mientras jugaba trepado en mi árbol de hojas blancas, logré distinguir a Maha saliendo de su casa. El sol se había levantado minutos antes, nadie más lo había hecho. La vi moverse con prisa y con cautela por las calles vacías de la ciudad, la atravesó por el lado opuesto a los cultivos, alejándose mucho de éstos, hasta llegar a las lomas de Nimrod, subió por ellas y continuó caminando sin dar vuelta atrás. Poco después llegó el resplandor y, junto con él, su imagen se desvaneció en el horizonte.

Hacia el oriente, cuna del sol, se encontraba nuestro pasado. Cada día, sus rayos dorados atravesaban el desierto palpando a su paso el rastro de nuestro andar cansado. Cada día, me levantaba muy temprano para observar desde la copa del fresno el instante en el que el resplandor cubría al pueblo entero. Era algo maravilloso, fugaz, pero extraordinario. Era increíble cómo la luz golpeaba con semejante violencia cada casa, cada rincón y, a veces, a los incautos que sorprendía en las calles. Por lo general la ciudad permanecía dormida hasta ese momento; minutos después, la gente salía a ocuparse de sus labores, algunas personas se dirigían a los viveros, otras al río...

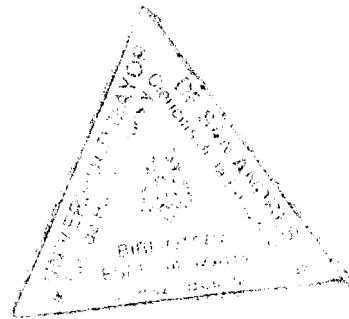
Cuando estaba a punto de bajar del árbol escuché un grito, otro y otro más. Busqué con la mirada, algo ocurría en uno de los viveros. La gente empezó a correr y en minutos un grupo se había apostado en la entrada de uno de los viveros. La multitud se abrió y vi salir a Akish con su hermano en brazos. La noche anterior habían matado a Omer. El temor se apoderó de todos. No bien llevaron el cuerpo a ser enterrado, la gente se devolvió, tomó a sus niños que jugaban inocentes en las calles y se encerraron en silencio en sus casas.

Cuando ya atardecía, me dio hambre y descendí a la ciudad. Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la casa de Shule, escuché un delicado silbido deslizarse a lo largo de las calles y por todos los rincones de la ciudad, era el viento. Suceso extraño ya que en esa hondonada las montañas y las lomas de Nimrod nos protegían de los ventarrones que habíamos sufrido en las planicies del desierto. Pero efectivamente soplaban el viento, parecía haber descendido, curioso, a dar un paseo por la ciudad. La gente se asomó a las ventanas, algunas puertas se abrieron, algunos se atrevieron a dar unos cuantos pasos afuera. Por un instante, el pueblo quedó estático, hasta que el silencio volvió a sus oídos. Entonces empezó.

Una a una fue cayendo. La primera, me pareció caer cerca de donde yo estaba, pero no puedo asegurarlo. Lo cierto es que más fueron cayendo: blancas y suaves plumas se derramaban del cielo. La gente, desconcertada, las tomaba, ya sea al vuelo o del suelo, y no apartaba de ellas la mirada por un buen rato, hasta convencerse de que, verdaderamente, llovía plumas. La reacción de los niños fue distinta; a pesar de sus padres, salieron a empujones de sus hogares. Saltaban, corrían tras ellas, extendiendo los brazos y gozando de las cosquillas que éstas les hacían al caer sobre sus rostros sonrientes.

Así empezó, desde aquel día, no había dejado de llover. A veces, por la noche o de día, las plumas cesaban, pero pasados estos intervalos, que usualmente no se extendían ni a un día, volvían a derramarse sobre la ciudad. Cual nieve, no en día de tempestad, caían suave y pacientemente hasta colmarlo todo. Al principio, los primeros meses, después del resplandor, la primera labor consistía en barrerlas de las calles, de los techos de los cultivos y de las orillas del río.

Después, la labor se hizo inútil, la lluvia no mermaba. El único lugar que se hacía necesario despejar cada día, era el de los cultivos. Aún los lugares de donde aprendían los niños a escribir sucumbieron ante la precipitación blanca. Los patios y las calles fueron abandonados a su suerte. Las plumas se convirtieron en su nuevo empedrado. Los niños dejaron de usar zapatos.



## viii.

Y corres Cohor, corres hacia las montañas, corres golpeando las plumas que no te atajan. Tus pies conocen el camino, tus manos también. Y llegas, llegas a la cueva donde creciste, único lugar donde has sentido cariño. Pero no, ya no hay nadie allí para recibirte. Hace un par de años que Oríah se ha marchado, aún la extrañas, ¿verdad? Los únicos que permanecen, que siempre han estado allí contigo, son los dos gatos. "Shared", murmuras. Y tratas de convencerte de que, quizá allá, ella estará mejor, que habrá personas que la quieran como tú, pero pensar así no te consuela.

Y lloras, lloras Cohor, lloras entre las rocas, lloras gritando el nombre que nadie te ha dado, "Shared". Tus ojos no la han visto, tus manos sí. Desde que era pequeña ellas la retrataron para ti. Y recuerdas la suavidad de sus cabellos, la fragilidad de sus manitas, la ternura de su pequeña nariz, pero esta vez no, no está allí para acudir a tus manos que la buscan. Lo único que alcanzas a acariciar ahora es el lomo de los gatos, te saludan. Estás exhausto y te recuestas en tu lecho que, gracias a la lluvia blanca, ahora es más blando.

Y duerme Cohor, duerme que has de estar muy cansado, duerme después de tanto llorar. Deja que el sueño te cubra, que los pensamientos que te atormentan

se adormezcan, se entibien y poco a poco se congelen para más tarde. Ahora, niño, duerme y sueña que es la única manera de verla. Ciego en el día, más en la noche, con suerte, quizás no...

Densa la oscuridad se va aclarando. Escuchas una voz lejana que te reprende: "¿A quién buscas?" Pero insistes, aún la buscas, aún cuando sabes que no la hallarás. "No debes encariñarte", se te advierte, "El tiempo se acerca". Todavía no logras ver nada, pero la niebla se va disipando. Para cuando logras distinguir tus manos extendidas delante de ti, has olvidado lo que buscabas. Ahora no haces otra cosa que ver tus manos, tus brazos, verte a ti. Entonces, cuando tu mirada se posa sobre tus pies, lo ves. Entre ellos, encuentras un cristal. Lo tomas, rojo intenso, parece arder entre tus manos. De alguna manera, sabes qué es lo que contiene, es la sangre de tu madre, es lo único que tienes ahora. Y, aunque cada noche lo encuentras en el mismo lugar, siempre te sorprende, el corazón se te detiene, la añoranza es grande. Instintivamente llevas la piedra junto a tu pecho, corazón con corazón. Buscas una salida, quieres irte con aquel regalo sólo para ti. Das unos pasos y luego retrocedes, cambias de dirección. En verdad, no sabes dónde ir, sabes que fuera de ese lugar no podrás retener tu tesoro. Te confundes, te pierdes, te desesperas. Pobre muchacho, después de tantas noches, aún no has entendido el mensaje. Sabes lo que viene, que tratarás de huir y tropezarás. Verás cómo la piedra se resbala de tus manos. La verás caer lentamente como si se sumergiera en agua, entonces, al llegar al fondo, al primer contacto con el suelo, se despedazará ante ti sin tregua. Astillas de cristal mezcladas con gotas de sangre se dispersarán por todo lado. Y no podrás hacer nada para evitarlo. ¿Qué hacer? Claro, huye, huye Cohor y ve cómo caes y cómo todo se va tiñendo de sangre. Siente cómo te duelen las manos, míralas, están sangrando...todo se va oscureciendo y en un rincón muy lejano, en el último punto de luz escuchas: "Hazlo, hijo".

Abres los ojos y, como siempre, te recibe la oscuridad. El mismo sueño una vez más y, sin embargo, esta vez algo ha cambiado al despertar: oprimes algo con

fuerza. Lo palpas, lo sientes y, entonces, lo sabes: tienes por fin el rubí entre tus manos, hoy has cumplido diez años.

Una suave melodía parece emerger entre la humedad y las grietas de las paredes de la cueva. Es el río que brota entre las piedras, parece decirte algo, te invita a hacer algo. "Hazlo, hijo". Los dos felinos también la han escuchado. Los sientes levantarse lentamente, como si en aquella melodía existiera un lenguaje que sólo ellos pueden entender. Cuando vuelves en ti, se han ido los gatos.

## IX.

Me había quedado dormido a los pies de la cama de Gid cuando un profundo quejido me despertó. Había llegado la hora, empezaban los dolores del parto. Las mujeres, otra vez de luto, atendían a la mujer postrada en cama.

Hacía dos días que Shule había desaparecido. Algunos pensaban que había huido de en medio de la batalla que se había librado aquel día; otros creían que había sido capturado por los rebeldes. ¿Dónde estaría ahora?

Hacía meses atrás que Akish había comenzado su obra de levantar al pueblo en contra de Shule. Las disputas eran diarias, la contención se desplegaba poco a poco, de casa en casa, de rincón en rincón. El último día que vimos a ambos contendientes fue cuando se armó la gran batalla al centro de la ciudad. Aquel día, las paredes del templo se mancharon de sangre. Mas esta imagen, lejos de ser profana, se acercaba más a una de complicidad invocada; allí, la blanca estructura, erguida ante semejante espectáculo, parecía observar, fría e inmóvil y, ante todo, satisfecha. Al atardecer, los pocos sobrevivientes retornaron a sus hogares. Sus mujeres los recibieron en silencio; las de los otros, lloraron a sus muertos.

Los intervalos entre una contracción y otra disminuían prontamente. Tomé la mano de Gid y ella se aferró a la mía con tal fuerza como si de ello dependiera su vida. Grandes gotas de sudor recorrían el rostro de la madre confundándose a la vez con las lágrimas que vertían sus ojos.

Llegó entonces Oríah para atender el alumbramiento. De la mano, traía a Cohor, tendría unos cuatro años. A pesar del cansancio que se había apoderado de su cuerpo, Oríah conservaba la belleza singular que la caracterizaba; con calma y cariño, dejó al niño en un rincón de la habitación donde él, tanteando las paredes, encontró un lugar cómodo para sentarse y esperar. Al rato, llegaron los gatos para hacerle compañía. A nadie le molestó el hecho, sólo a mí, que cada vez que los veía, volvía a sentir el mismo estremecimiento que aquella vez que los vi salir del Templo.

Las mujeres, que habían alistado todo lo necesario para el parto, dieron paso a Oríah. Con la mano firme palpó a la paciente que, ahora, respiraba entrecortadamente. Estaba lista, pronto nacería el bebé.

En otro lugar, en otro lecho, yacía otra persona. La vejez parecía haberle llegado por fin aquel momento. Dos días habían pasado desde que lo trajeron; había llegado como un valeroso guerrero, firme y fuerte, mas ahora a duras penas ofrecía resistencia a las manos que lo sujetaban. Dos días de hambre y de sed, dos días de constantes golpes, dos días de continua humillación. Todo ello inflingido por el hermano de aquel a quien un día él mandara a matar. Akish, hermano de Omer, llegaba, por fin, al término de su venganza.

Lo vio entrar y, una vez más, trató de liberarse, pero no pudo. Aquellas manos sostenían las suyas con fuerza, de la misma manera que al hacerlo sostenían también lo que le restaba de vida. Lentamente se acercó su verdugo. Los ojos le ardían por el sudor que le cubría el rostro. Trató de calmar su pecho que, a cada bocanada de aire, parecía hundirse cada vez más. La hora había llegado.



Un grito y otro se escucharon a la vez aquel día, uno de muerte y otro de vida, dúo que se levantó sobre la ciudad. Y se sintieron, sí, por un instante remoto, se escucharon, se conocieron, se saludaron y, a la vez, se despidieron. El padre conoció el llanto de su hija; la niña, conoció la voz de su padre. ¿Lo recordaría alguna vez? Los que acompañábamos aquellos sucesos, jamás lo olvidaríamos.

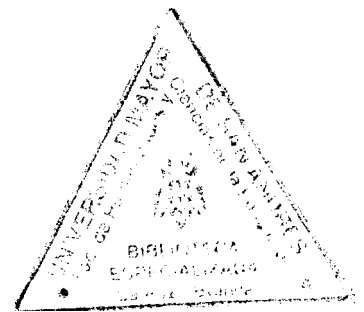
Oríah dejó caer el paño ensangrentado con el que había limpiado a la recién nacida y la envolvió en otro para depositarla en los brazos de su madre, exhausta, pero aliviada. Al mismo tiempo, Akish se retiraba dejando caer, tras sus pasos, envuelta en polvo y sangre, el arma que por fin había dejado descansar el cuerpo de su enemigo. No pasó mucho cuando, junto al clamor de los guerreros, vibró de nuevo, en ambos bandos, el deseo de venganza. La batalla no terminaría allí.

Asustada la reciente madre quiso huir con su pequeña. Las mujeres se lo impidieron. Entonces Oríah se acercó a Gid, "Dámela", susurró, "¿por cuánto tiempo?", preguntó la otra, "hasta que todo se calme un poco", le respondió y sonrió. Las otras mujeres asintieron con la cabeza, sabían que era lo más prudente, tanto para la madre como para su hija. Gid besó una vez más a su niña y la entregó a su nueva protectora.

Antes de partir, Gid, haciendo un gran esfuerzo, se reclinó y tomó el brazo de Oríah, "Este será su nombre", le dijo. Se volvió a recostar y volvió a llorar en su lecho la partida de su hija y, quizás, también la de su esposo.

Oríah, con el bebé entre los brazos, se acercó hacia mí que había quedado arrinconado a la pared, asustado por todo lo que había visto allí y lo que, junto a Cohor, había escuchado. Noté en sus ojos la misma ternura con la que me recogiera un día y me llevara de la mano. Se inclinó y me mostró a la pequeña que dormía. Era preciosa, blanca como las plumas que hace días no dejaban de caer y suave como las mismas. Tenía, definitivamente, la belleza de su padre.

Una leve sonrisa se esbozó en mi rostro, pero la borró el recuerdo de quien, hasta entonces, consideraba como mi padre. ¿Era ella, entonces mi hermana? ¿Lo que quedaba ahora de mi familia y que ahora la apartaba de mí? Metí la mano al bolsillo y extraje el collar azul que había recogido entre las piedras del templo. Lo dejé sobre el pecho de la niña; Oríah comprendió y sonrió. Al levantarse, tomó la mano de Cohor y, junto a él, los gatos y la niña, salió de la casa. La seguí hasta la puerta y la vi alejarse mientras en mi mente resonaba la voz quebrada de Gid: Shared...



## X.

Pasaron los años y no dejaba de llover y la niña no dejaba de bailar. Hacía mucho ya que aquella lluvia de plumas blancas había convertido la tierra en suave alfombra para sus pies descalzos. Con los brazos extendidos y las palmas bien abiertas, corría, saltaba y giraba... allí, bajo la lluvia en las lomas de Nimrod. ¡Y cómo disfrutaba cuando aquellas gotas, en el vaivén pausado de su caída, se enredaban en su pelo suelto!

Llevaba puesto un pequeño vestido, lo suficientemente sencillo y ligero como para resaltar en su pecho hundido un collar de piedras azules. Aquel que, tiempo atrás, el día de su nacimiento, alguien, familiarmente extraño, le había obsequiado.

Fue el tiempo en el que la gente guardó silencio. Los conflictos presidían la vida de todos. El pueblo se abandonó a una vida de continuo encierro y de miedo. Y sin embargo, los niños parecían vivir en otro mundo. Y a pesar de que también guardaban silencio, en sus juegos, encontraron una nueva forma de comunicarse. El movimiento de sus pequeños cuerpos, no sólo eran señales, sino todo un lenguaje.

Nadie lo intuyó hasta mucho después, cuando observaron que los más pequeños, en cuanto podían ponerse de pie, empezaban a imitar, entre tropezones y blandas caídas, los movimientos de los niños mayores. Descubrieron que a cada figura de cuerpo le correspondía otra y otra más... Algunos de los hombres trataron de descifrar sus movimientos, pensando quizás en la utilidad que podrían darle en la guerra, pero les fue imposible. Este lenguaje no se pensaba, se sentía.

¿Y, qué es lo que dices ahora, niña? ¿Con quién conversas?

Entre tus pies juguetones, dos juguetones gatos juegan; se enroscan en tus tobillos mientras contornean la cola. Saltan cuando saltas, corren cuando corres. Han estado y han de estar siempre tras tus pasos...en cambio tú, parece no hacerles caso. Sigues corriendo, sigues dando vueltas, sigues bailando, mi niña en el valle de Nimrod.

Un día, mientras jugabas con otros niños fuera de su casa, los viste venir y aproximarse a ti. Todos los niños querían jugar con ellos, pero los dos gatos sólo parecían hacerte caso. Te acostumbraste rápidamente a su compañía. Gid trató de ahuyentarlos muchas veces, pero finalmente, se dio por vencida ante la insistente presencia de los felinos.

De pronto, parece escuchar algo... el viento trae desde la colina, una melodía que para ti te es desconocida, no así para los gatos. Son notas extrañas, notas que se mezclan, que se armonizan, que se fugan... Concentrada, con los ojos cerrados, empiezas a marcar el ritmo de lo que escuchas. Mueves los brazos, parece acariciar algo en el aire, parece comprender el ritmo en el que caen ahora las plumas... Pero no lo entiendes, ¿verdad? Tu cuerpo parece bailar hechizado a merced del viento, ¿acaso no intuyes el peligro?

Corres, saltas, te estiras, te inclinas, giras la cabeza...oh, cómo te acompañan tus brazos, parece como si estuvieras a punto de volar y entonces... el tiempo es

suspendido, el mensaje ha sido dado... lentamente te dejas caer, sepultándote así, en lo profundo de aquel mar blanco. En ese instante, sólo por ese instante, de súbito, las plumas se han detenido en el aire.

Cuando todo vuelve a la normalidad, las plumas siguen cayendo, los gatos dejan de jugar, la buscan. Sigilosamente recorren cada espacio contorneando la cola. Entonces, cerca al lugar donde yace la niña, cual felinos voraces, agazapados esperan. Fijan la mirada en algo que se mueve, algo que, poco a poco, va haciéndose visible: primero, sólo un montón más de plumas; luego, una pequeña cabeza de pico azul que se yergue; y, finalmente, un par de alas que se extienden y se preparan para emprender vuelo. Pero en el momento preciso, justo cuando está a punto de liberarse de su nido, cuando no ha alcanzado todavía una distancia suficiente, la joven paloma se ve atrapada: afiladas garras la golpean llevándola de un lugar a otro cual triste y viejo juguete. Después de pasar un rato, cansados ya, se retiran los dos gatos.

La noche se ve venir... y allá, en el valle de Nimrod, plateado ahora por la luna, se deja ver una pequeña huella encarnada, huella de lo que pudo ser alas, viento y vuelo. Huella que poco a poco fue desapareciendo, sepultada bajo el velo de la oscuridad...

Y no dejaba de llover, y yo no dejo de pensar, después de tal visión, que fue para ello que, tantos años antes, se me obsequió aquel collar; que, valiéndose de la ternura de un niño, Ellos consolidarían su venganza. Nadie, pero sobre todo él, podría dejar descendencia. "Los niños serán nuestros", sentenciaba otra voz en el viento.

## XI.

Suaves, pacientes, caían las plumas sobre la ciudad, la noche había llegado. Una a una, las fogatas se fueron consumiendo. La calma era inmensamente blanca en el pueblo, pero a lo lejos, allá por las montañas, se escuchaba un llanto: era Cohor. Sentado, abrazando con fuerza sus rodillas, lloraba la muerte de Shared.

El día anterior la había visto en sueños, por fin la había visto, y la había visto bailar, la había visto caer e, inútilmente, intentar volar... Algo entonces lo despertó: eran los dos gatos que habían vuelto. Después de tantos años de ausencia, cuando él creyó que ya no los volvería a sentir, volvieron. Parecían estar contentos, no dejaban de ronronear ni de estrecharse contra su cuerpo.

Cohor los recibió con entusiasmo; los estrechó contra su cuerpo, contra su rostro, mientras ellos le lamían la cara. Entonces, percibió un olor extraño. Tenían el hocico y las patas pegajosas y lo habían embadurnado todo. Se incorporó y tomó a uno de ellos para examinarlo con las manos. Casi de inmediato lo dejó caer con violencia y asco al darse cuenta de que aquella sustancia, aquel olor, era sangre. Los gatos continuaron jugando entre ellos, saltando de un lado a otro, mientras que Cohor terminaba de comprender que el sueño de la víspera había sido real.

Todo el día recordó a su pequeña amiga. Sí, la única que había tenido; la única que no lo había rechazado. Recordó el día en que Oríah la trajo a vivir con ellos. La niña era apenas una recién nacida. Recordó los días que pasó ayudando a cuidarla, a alimentarla. Conforme crecía la pequeña, pese a la advertencia de sus sueños, la quería como a una hermana. Qué alegría sentía cuando ella correspondía a su cariño con sus tiernas manecitas. Ambos parecían comprender el lenguaje del tacto, tocándose uno al otro, ambos crecían, ambos se conocían. Ya cuando aprendió a caminar, rodeando la ciudad Cohor llevaba a Shared al valle de Nimrod donde se ponían a correr de un lado a otro. Allí, en ese lugar, que ahora no le evocaba nada más que ira, él, Cohor, había pasado los únicos momentos felices de su vida. Por fin, parecía tener un hogar: su madre, él, ella y los dos gatos.

Pero la felicidad fue pasajera. Meses después de la llegada de Shared, Oríah enfermó. Por casi cuatro años, trató de sobreponerse a su enfermedad, pero viendo que su fin estaba próximo, llamó a su hijo, lo estrechó con fuerza contra su pecho y se despidió. "Llevo a Shared con su madre", le dijo, "¿Por cuánto tiempo?" preguntó inocente Cohor. "No puedo cuidarla", "Yo sí", ella sonrió. "Debes cuidar de ti", "Tú lo harás", ella lloró. "No dejes que nada ni nadie te lastime", "No lo haré", entonces, se puso de pie, tomó a la niña, y salió de allí dejando a su hijo desolado y con él, su corazón. Después de llevar a Shared con Gid, Oríah se fue de la ciudad para dejarse morir.

A partir de aquel día, los únicos que acompañaron a Cohor fueron los gatos. Junto a ellos, de vez en cuando, visitaba la ciudad y, si tenía suerte, recibía algo de comida. Junto a ellos, muchas veces, trató de recordar el camino a la casa de Gid, soportando el rechazo y vituperio por parte de la gente, en especial, de los otros niños. Pasó el tiempo hasta que un día encontró la casa, y la encontró a ella, pero fue rechazado y separado violentamente de su hermana otra vez. Ese día recibió el rubí y fue ese día también en el que los dos gatos fueron llamados a custodiar a

Shared. Y ahora, dos años después, satisfechos por su obra, volvían otra vez a casa, mientras que Cohor, sentado contra la pared, lloraba la muerte de Shared.

"Si hubiese conseguido traerla de vuelta...", se martirizaba y recordaba los días que pasó buscándola, pero en la indiferencia y el desprecio no puede encontrarse una dirección. La gente lo empujaba, los niños se burlaban rodeándolo y golpeándolo con una vara, mientras él, inútilmente, trataba de atraparlos. "Pero te encontré, ¿no?". Y volvía a recordar aquel día que tuvo suerte. Y recordó a la niña llamándolo, qué lindo sonaba su nombre en su dulce voz. Shared jugaba con las plumas del patio de su casa cuando lo vio venir, inmediatamente corrió hacia él. Lo abrazó con toda la pequeña fuerza que tenía; Cohor se sintió a salvo. Jugaba junto a ella cuando, de pronto, alguien se acercó y le arrancó aquella felicidad bruscamente. La tomaron en brazos y la apartaron de él. A Cohor le pareció que la oscuridad de sus ojos se le iba al corazón, mientras escuchaba cerrarse violentamente una puerta.

Comprendió que nada podía hacer allí y decidió volver. Sus pasos eran tan pesados como lo era la rabia que lo invadía. Entonces sintió un golpe en la espalda: eran los niños otra vez. Sin embargo, en esta ocasión no intentó agarrar a ninguno de ellos, ni siquiera se detuvo, sino que aceleró la marcha lo más que pudo. A cada paso, la ira iba creciendo aceleradamente en su pecho. Sus lágrimas corrían tan apresuradas como podían hacerlo sus pies. Entre caídas y golpes, llegó por fin al camino que lo llevaba a las montañas; una vez allí corrió con más fuerza hacia la cueva. Esa noche recibió la piedra.

Ahora, con el rostro escondido entre sus rodillas, la recordó, recordó la piedra, el sueño, la ira, el rencor... La noche había llegado y, junto al viento, cantaba una suave y calmada melodía. Esta vez la reconoció. Era la misma de aquella vez... pero ahora le parecía hermosa. "Hazlo, hijo" parecían cantar, "Hazlo", y con discreta violencia incitaba a su corazón. Para cuando la melodía cesó, Cohor sabía lo que tenía que hacer.

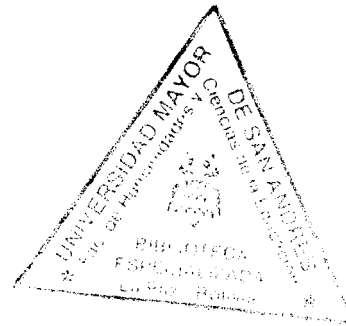


Se puso de pie, buscó el rubí que había guardado. Lo tomó fuertemente entre las dos manos y se acercó al río. Golpeó la piedra una y otra vez contra las rocas hasta sentir que se rajaba y, entonces, la dejó caer al agua; al llegar al fondo, el rubí se deshizo en mil pedazos. Poco a poco los pedazos fueron liberando su purpúreo contenido cual cautelosa serpiente que, ondulando su cuerpo, se dejaba llevar por el cauce del río.

Afuera, las plumas continuaban cayendo. Sin embargo, conforme se acercaba el alba, conforme la sangre se iba esparciendo, fue mermando su caída. Al día siguiente, cuando la gente salió de sus casas, después del resplandor, ya había dejado de llover. Nadie pareció darle mucha importancia, seguramente creyendo que la lluvia se reiniciaría en cualquier momento. Tomaron sus cosas y se dirigieron cada cual a sus labores.

Aquellos que trabajaban en los cultivos, fueron, como cada mañana, a recoger las plumas de los sembradíos. Entonces, uno de ellos, las descubrió: pequeñas flores carmesí habían crecido entre las demás plantas. Otras, apenas visibles entre la plumas, habían sido descubiertas en los patios de las casas. Pero fueron las mujeres quienes, al ir a recoger agua esa mañana, descubrieron que en ese lugar, a las orillas del río, habían brotado en mayor cantidad.

XII.



Akish estaba muerto. Gilead, quien había quedado a cargo, junto con los pocos hombres que todavía lo apoyaban, lo había alcanzando cuando trataba de huir hacia las montañas. Aquella fue la última muerte por mano humana. La gente estaba cansada de pelear. Después de la sepultura a la cual asistió casi todo el pueblo, ambos bandos, en silencio, se replegaron y guardaron sus armas. Por fin, las mujeres podían llorar en paz a sus muertos.

Cuando Gilead volvió a casa encontró allí, en el umbral de la entrada, a alguien esperándolo. Por un momento creyó que era Maha, que había vuelto, que lo había perdonado, pero se equivocó, no era ella, era Gid, la que había sido compañera de su leal amigo, Shule.

Se acercó, algunas lágrimas corrían por sus mejillas, él, con delicadeza, las secó. La acarició con ternura, todo había pasado ya. Entonces observó en sus ojos la misma desolación que sentía vibrar en los suyos. Ambos estaban solos. La tomó del talle y la hizo pasar. Desde aquel día vivieron juntos, compartiendo sus soledades y lo poco de afecto que les quedaba. Tiempo después, tuvieron un niño, a quien le dieron el nombre de Etem.

Por mucho tiempo, de la misma manera que aquellas pequeñas flores, la guerra había penetrado e invadido, poco a poco, cada lugar de la ciudad. La gente vivía escondida en casa. Después de la desaparición de Shared, a los niños no les era permitido salir a jugar al valle, pero más aún, cuando la situación empeoró, incluso les fue prohibido salir a los patios de sus propias casas. Gid quedó desolada y, como el resto, optó por recluirse en casa.

Después de aquella batalla final, todavía pasó un buen tiempo en el que la gente permaneció encerrada. Era extraño ver a alguien caminar por la calle. Sin embargo, los días pasaron y el miedo pareció quedarse dormido en su encierro. La gente empezó a salir. Los primeros, claro, fueron los niños; luego, algunas mujeres que se dirigieron a los cultivos abandonados. Allí se tuvo el mayor trabajo, pues los campos se hallaban ocupados casi por completo por la floresta roja que aparecía ya, a cada paso.

En casa no había quedado nadie, por lo que después que Gid se fue, yo también abandoné aquel lugar donde había pasado mucho tiempo de mi vida, pero que finalmente, nunca lo había sentido propio. El único lugar en el que me sentía cómodo era la colina, bajo la sombra protectora del fresno blanco. Ese fue mi refugio el día que murió Shared. Fue desde allí que recordé la visión del Templo, y fue desde aquí que sabía lo que ocurría en la cueva de Cohor. Ese día, vencido ya por el dolor, más de diez años después de haber recibido el encargo, me senté a escribir, y mis días se pasaron escribiendo. A veces, cuando me sorprendía la noche, me quedaba a dormir junto a él. Otras, descendía y encontraba descanso entre las paredes del templo. Hacía mucho que le había perdido el miedo.

Un día, cerca de un año después de la muerte de Akish, me dirigí hacia las montañas. Fui en busca de Cohor, hacía mucho que no lo había visto. Seguí el rastro del río y, por primera vez, entré a aquella morada. Las pocas cosas que hallé allí estaban abandonadas al tiempo. Hacía mucho que Cohor se había ido. ¿Dónde? No lo sabía. Al salir y dejar aquel lugar recordé a Maha y me pregunté si,

como ella, habría tomado la decisión de volver. Tampoco estaba seguro de si ella lo habría hecho, entonces, ¿por qué lo haría Cohor? Pensando me alejé. No tuve deseos de entrar a la ciudad, así que la rodeé. Pasé por un lado de los cultivos y al hacerlo, encontré la abertura por la que tantos años atrás había entrado Gilead. ¿Todo habría empezado allí? Quizás, pero yo sabía que de una u otra manera todo habría llegado a lo mismo.

Continué caminando, subí por el valle de Nimrod, recordé a Shared corriendo, saltando entre las plumas que ahora se mezclaban con las flores. Llegué por fin al árbol de la colina, apoyé un brazo en una de sus ramas, y sonreí. Recordé cómo años atrás tenía que saltar para alcanzarla, cómo me gustaba trepar a la cima de aquel amigo. Ahora, ya no era necesario. Desde allí, una vez más, recordé el día de nuestra llegada, el descenso de la gente, la construcción de la ciudad y todo lo que hasta ahora había presenciado. Sabía lo que vendría después, lo había visto hacía mucho pero no se me había olvidado. Inevitablemente, como se escondía el sol detrás de las montañas, llegaba el final.

### XIII.

Desperté hace un momento y me parece haber dormido estos últimos tres años ¿o es más? Siento la vejez cargándome los hombros. Me tiemblan las manos, aunque no lo quiera, me tiemblan, no las puedo detener. Me es tan difícil escribir ahora. Hace tanto que no lo hago, hace tanto... y sin embargo, el recuerdo queda vivo.

Aquel día, sentado, en el valle de Nimrod, entre plumas y flores, como tantos otros días, observaba la ciudad — había dejado el libro en el Templo. Hacía mucho ya que las flores habían invadido cada rincón de la ciudad. El cuadro era de especial hermosura: la ciudad, forrada casi por completo por la suavidad de un tapiz rojo, parecía flotar sobre una nube blanca, nube alada terrestre. Los niños salieron a jugar esa mañana. Saltando de un lado a otro, tomaron las flores en las manos e hicieron una lluvia con ellas. Entonces comenzó a soplar el viento y cuán grande fue su emoción al ver que él jugaba con ellos. Los pétalos los rodeaban, jugaban con sus cabellos, rozaban sus mejillas; los niños corrían, brincaban, aún los más pequeños, con los brazos en alto, extendidas las manos, trataban de alcanzarlos.

Aquella imagen trajo a mí otra de singular parecido y algo en ella, un presagio tal vez, borró de inmediato la sonrisa que me acompañaba. Un sentimiento oscuro se apoderó de mí dejándome vacío. El viento cantaba. Me puse de pie, pero ya era tarde. El viento dejó de soplar, los pétalos cayeron y, junto con ellos, uno a uno, cayeron también los niños. Lentamente vi sus pequeños cuerpos desvanecerse, los ojos dormidos, las mejillas carmesí, desaparecieron en la suave profundidad de aquel mar blanco.

Por un instante no hubo más que silencio. Noté entonces que, algunos padres que habían estado observando a sus pequeños desde el umbral de sus hogares, inmóviles los buscaban con la mirada, quizás con la razón. El instante se quebró con el primer grito de una madre desesperada. Uno a uno los nombres se alzaron en el aire, pero fue en vano. Los brazos escarbaban, los cuerpos se sumergían y nada. Ni un rastro, se habían ido. Y comenzó el llanto, y comenzó la desesperación y, otra vez, comenzó también a soplar el viento.

Poco a poco las flores se fueron desprendiendo. Esta vez, el viento no jugaba. Torbellinos de roja espesura golpeaban el rostro mojado de las madres, se metían en su ropa y se mezclaban en sus cabellos, y aún los hombres que, inclinados, trataban de encontrar a sus hijos, eran vencidos por la fuerza de aquellos golpes. Algunos trataron de volver a casa otros continuaron buscando. Entre ellos, logré distinguir a Gilead y a Gid, buscaban a Etem de apenas tres o cuatro años. No lo encontraron. Los vi abrazarse con fuerza, vi cómo él, inútilmente, trataba de protegerla. Entonces empezó, la respiración se hizo cada vez más densa. Gid cayó primero, los brazos de Gilead no pudieron sostenerla. Uno a uno, junto con él, hasta el último, fueron cayendo. El viento dejó de soplar. Los pétalos cayeron. Esta vez no hubo quién los buscara.

Quise bajar, aún cuando sabía que era inútil, quise bajar. Pero pudo más el miedo y huí. Sí, huí en cuanto el viento empezó a soplar otra vez. Corrí hacia la colina y busqué allí, una vez más, un refugio.

Ni un solo capítulo se había saltado, ni uno solo había sido olvidado. Tal cual la voz relatara la historia, así mismo transcurría ante mí. Allí, a la sombra del fresno yo era tan solo un lector leyendo una historia que llegaba a su final. Un pueblo atrapado por la misma escritura que había escrito su existencia. Hombres, mujeres, palabras que trataron de salirse del margen, que quisieron borrarse de un libro antiguo para escribir uno nuevo.

#### XIV.

He soñado contigo, acabo de recordarlo. Te he visto como cuando te vi por primera vez y no quise desprenderme de tus ramas. Pero todo ha acabado ya, ¿no es cierto? Siento que se me ha secado tu sabia, se me han marchitado las fuerzas, se me ha deshojado el corazón. Pero no queda más por escribir, no queda nada más que contar. ¿Y qué hago ahora? Volver... no puedo, me he contaminado, he comprometido demasiado el corazón. ¿Me extrañarás? Lo dudo, he cumplido y eso es todo para ti. ¿Fue por esto que dejaste que me llevarán?

Tengo frío, estas paredes no guardan calor alguno. Afuera, el viento sopla su último canto. Después de verlos caer, pasó mucho tiempo para escucharlo otra vez. Llegó susurrándome algo al oído, parecía burlarse de mí. Y un día, cansado de jugar con mi dolor, descendió al valle otra vez, "Ya es hora". De brisa juguetona se convirtió en viento insolente; y de viento a torbellino y de torbellino a huracán. Arrasó con las flores ya marchitas, puso en agitado vuelo a las plumas que dormían, y así, cual nube de ilusiones, se llevó también el polvo de lo que un día fuimos. Nada, ni un solo cuerpo, ni un solo rastro de nuestra existencia, a no ser



por los grabados en estas páginas que, si de algo valen, prueban, guardan, reviven nuestra historia.

Estoy cansado, mi vida parece cerrarse con este libro. La vista me falla y el viento no deja de soplar en mi cabeza... Puedo verte leyendo lo que escribo, mis manos lo hacen sin que yo les dicte. "¡Detente, rompe el círculo!", se mezclan las palabras, "deja de escribir" y tú, "deja ya de leer". Y no lo entiendo, pero te veo y me parece un sueño. Y es que no he dormido en tanto tiempo... y es que voy perdiendo la razón...

Después de su trabajo, se calmó un poco el viento. La ciudad quedó cual ruinas de un pueblo hace siglos extinguido. Y me preguntaba si realmente había existido alguna vez. Y si así fue, ¿en verdad había pertenecido a él? De niño llegué a creer que un día volvería a mi hogar, aquel que, no de blancas piedras sino de blanca ingenuidad, construí en mi mente. Pero no existe un camino de vuelta. En verdad, dejaste que me llevaran. Como Cohor desde el vientre, sólo fui un instrumento más.

Anocheceía y aquel día, y aquella historia, se alejaban ya en el olvido. Decidí bajar y terminar mi obra. Cada paso que daba era un hecho menos que narrar, el silencio estaba llegando, se caían las palabras, se me enredaban en los pies, y así como a tus hojas blancas, las pisé. Mientras descendía tropecé varias veces. ¡Oh, cuánto me temblaban las piernas! Y aún así apresuré el paso. El polvo, levantado por el viento, no me dejaba respirar. Empecé a correr, a llorar, a desesperar.

Me topé con la que había sido la casa de Shared y palpé en las paredes corroídas lo corroído ya de mis recuerdos; no quedaba nada a qué asirme. Pero sabía que aún quedaba un lugar y, casi maquinalmente, en la oscuridad densa que ya habitaba la ciudad, llegué aquí. Y cuando mis manos palparon la tersura de los muros, recordé lo que ellos un día me habían mostrado.

A paso lento entré y me dirigí al lugar donde había dejado el libro. Sin embargo, antes de siquiera levantarlo, me dejé vencer por el llanto, el cansancio y la soledad. Al despertar, resignado tomé el libro y me puse a escribir lo que faltaba, lo que ahora escribo y conforme las palabras me abandonan, también se me va la vida. Quiero dormir y espero, o lo único que me queda por esperar, es no volver a despertar.



*La música cesa en cuanto cierras el libro. ¿Cuánto tiempo has estado allí? No lo sabes. Un sentimiento vacío se te ha quedado en el pecho. Tanta desolación te ha dejado exhausto. Te es difícil respirar. Entonces observas una vez más el libro entre tus manos y, por más que lo intentas, no puedes dejar de pensar en lo que acabas de leer. Te es muy familiar, demasiado quizás. Algo en el último relato, algo en aquella historia, algo te dice que aquellos hechos no te son ajenos. Y no puedes olvidar aquellas palabras: "¡Deja de escribir!", "Rompe el círculo", "¡Deja ya de leer!". Es a ti, sí, es a ti que se te ordena hacerlo. Tratas de comprender aquello que te inquieta, pero para sorpresa tuya sellado está otra vez el libro. Sabes que es en vano intentar abrirlo otra vez. Lo dejas. Te pones de pie.*

*Cierras los ojos tratando de ordenar los pensamientos que invaden tu mente, pero no puedes. Las palabras que leíste guardan eco todavía en tus oídos. Ante ti está el pasillo que recorriste, silencioso, iluminado tenuemente. Avanzas a lo largo de él. A cada paso, las imágenes del libro empiezan a sucederse una tras otra. Te duele el pecho, se te agita la respiración. Te das cuenta de que ya no es sólo el último capítulo, sino cada uno de ellos, desde el principio hasta el final, los que te*

*llaman, te reclaman. Sin darte cuenta has acelerado el paso, instintivamente tus pies te llevan al lugar del mensaje en la pared. Desesperas, no piensas si acaso lo encontrarás, sabes que estará allí. Te detienes de golpe: allí está. Te acercas y no demoras en reconocer la escritura:*

Sueño de visión nocturna, historia de un pueblo que escribo, encierro  
y condeno en un libro.

*Tu mano temblorosa palpa la escritura y, cuando la tocas, se te estremece todo el cuerpo. ¡Son tuyas! Esas palabras, ese acuerdo. Retrocedes. ¿Por qué? ¿Qué tratas de negar? Eres tú, sí, fuiste tú y tu temor que, de niño, se comprometieron a hacerlo. Eres parte de la historia, protagonista, contrario a lo que creías, y transcriptor. Y aunque no quieras aceptarlo, aunque escarbas en tu memoria y buscas aunque sea un recuerdo que te aparte de la misma, ¿no es precisamente ése, el primero, el que te revela aquellos brazos arrancándote de la tierra donde jugabas? ¡Mira!*

*Y ves llegar a aquel pequeño, llorando, asustado. Lo ves sentarse en el mismo lugar del que te retiraste ahora. Y ves, o es que recuerdas, cuando escuchaste aquella voz clamar desde el polvo. Cuando, asustado después de escuchar y casi presenciar lo que acabas de leer, encontraste aquel libro, sí el mismo que acabas de dejar pasos atrás. Sí, esa escritura en la pared es tuya, esa que observas como lo hace él, como lo haces tú de niño, detenidamente frente a la pared. Y el dolor en el pecho se te hace cada vez más punzante, sientes que ya no respiras lo suficiente...*

*Tus sentidos se van desvaneciendo conforme tu entendimiento se hace más agudo. Sientes desfallecer, te sientes demasiado débil como para moverte. Es más ya ni sientes tu cuerpo... Algo extraño te está pasando. Observas tus manos, tu pecho, estás desapareciendo.*

*El sonido de unos pasos que se aproximan y la luz tenue de la luna te revelan una imagen aterradora: te ves llegar con el libro en las manos. Ves detenerte a lado del muchacho, sorprendido sin saber que también eres tú. Te ves descifrando la escritura y ves al niño desaparecer. Sabes lo que viene ahora. Sí, él se encaminará a leer el libro, iniciará otra vez el recorrido. "¡Detente, rompe el círculo!", piensas. Y en el último instante, sacando fuerzas de donde no existen, gritas tu nombre.*

*¿Y qué tratas de hacer? ¿Advertirle? Él te ha oído, pero no te puede ver, ya no, es demasiado tarde. Se aleja por el pasillo, se sienta, abre el libro, canta el viento otra vez y, pese a todo, comienzas a leer...*

**HISTORIA DE UN INSTANTE**  
**WIETHÜCHTER Y LOYNAZ, JARDINES DE LA PALABRA POÉTICA**

## LA BÚSQUEDA DE UN CAMINO ANDADO

### 1. Soledad: Nostalgia de la continuidad perdida

*...estamos condenados a vivir solos, pero también lo estamos a traspasar nuestra soledad y a rehacer los lazos que en un pasado paradisíaco nos unían a la vida (Paz, 2001:342).*

La soledad a la que el ser humano nace, más que una estación que habitar, se convierte en una jornada que recorrer. Y es que esa sensación de ausencia, de falta, de pérdida, mueve al hombre a iniciar una búsqueda que, en muchos casos, acaba con la muerte y, en otros, se pierde por senderos extraños. A lo largo de la historia diversas culturas han trazado diferentes caminos, algunos más transitados que otros, que evidencian el afán y la necesidad que tiene el hombre de "traspasar" su soledad. Pero esta jornada, en el fondo, no es un viaje a un futuro (siempre desconocido), sino a un pasado (quizás olvidado o más bien, perdido): el "origen", espacio y tiempo en el que el hombre, en palabras de Bataille, está inmerso en la "continuidad primera, aquella que nos vincula al ser de un modo general" (1997:19-20), en unidad plena. Este estado del cual el hombre fue desprendido, del que siente nostalgia y al que desea volver, es un viaje de retorno. Ya sea por medio de un Salvador, llegar a la unidad con el Tao, al Nirvana, o por otros tantos caminos, el fin siempre ha sido el mismo: la continuidad o como diría Octavio Paz, llegar a "la plenitud, la reunión, que es reposo y dicha, concordancia con el mundo, [que] nos esperan al fin del laberinto de la soledad." (Paz, 2001: 342).

La añoranza por lo que un día fuimos y a dónde pertenecemos es la que empuja al ser humano a buscar y ahondar en su búsqueda. Así, el hombre busca no sólo la integridad de su cuerpo, de su identidad, sino también integrarse nuevamente al lugar de donde fue expulsado: "El sentimiento de soledad, nostalgia de un cuerpo

del que fuimos arrancados, es nostalgia de espacio" (Paz, 2001:356). Nostalgia de la continuidad perdida, un pasado en el que el hombre no estaba solo, sino que disfrutaba de una relación armónica con el mundo. No obstante, en algún punto, dicha relación se quiebra y el hombre queda abandonado a su suerte; es por eso que en su soledad se siente, nos dirá el poeta, "desprendido del mundo y ajeno a sí mismo" (Paz, 2001:341).

Un cuerpo y un espacio, un estado del ser, dejar de estar solo y estar con el mundo era el pasado paradisíaco, el paraíso perdido. Espacio, que ahora llamamos mítico, en el que los contrarios se fundían, espacio donde el hombre y la naturaleza eran una totalidad, una continuidad. Es por eso que "todo nuestro ser aspira a escapar de esos contrarios que nos desgarran, pues si todo tiende a hacer de nosotros los expulsados de la vida, todo también nos empuja a volver, a descender al seno creador de donde fuimos arrancados" (Paz, 2001:343) y, entonces, saltar el "abismo". La corrupción, la muerte y, por ende, el tiempo, como ahora lo conocemos, lineal y fragmentado, no existían. "El tiempo no era sucesión y tránsito, sino manar continuo de un presente fijo, en el que estaban contenidos todos los tiempos, el pasado y el futuro" (Paz, 2001:357). Tales eran las circunstancias bajo las cuales vivía el hombre en el origen y que hoy quedan registradas como espacios míticos: uno de ellos fue un jardín.

## 2. El jardín, principio y fin de la búsqueda

El relato bíblico sobre el tiempo en que Adán y Eva vivieron en el Jardín de Edén es una representación de aquel estado original del cual fue echado el hombre y al cual desea volver. En aquel espacio paradisíaco el hombre (la pareja primigenia) se relacionaba en perfecta concordancia con el mundo que lo rodeaba, con la naturaleza y con su Creador. Hombre y mujer eran criaturas propias del Jardín, creadas por el mismo ser que lo había creado; Adán fue formado o de alguna manera también plantado en el jardín ya que fue hecho del polvo edénico. No es





de extrañarse que el jardín diera frutos para alimentarlo sin necesidad que éste trabajase en él, ya que "subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra" (Génesis 2:5). Hombre y naturaleza no se oponían, más al contrario, coexistían en perfecta armonía.

Por otro lado, la relación con la divinidad también era estrecha. La presencia de Dios no le era vedada al hombre. Por lo que leemos, después de haber comido el fruto prohibido, Adán y Eva "oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto" (Génesis 3:8); sin embargo, esta vez corrieron a ocultarse por vergüenza de su desnudez y no así porque Dios mismo estuviese en el jardín. Lo que nos sugiere que él ya había estado allí, junto a ellos, conversando cara a cara.

Ser uno con el universo, con la creación y con el creador, no era todo, todavía faltaba algo: "Y dijo Jehová Dios: No es bueno que el hombre esté solo; le haré ayuda idónea para él" (Génesis 2:18). Y así, de la costilla de Adán, mientras éste dormía, fue creada Eva y con ella la primera historia de amor de la tierra y el primer estado continuo entre seres. En definitiva, la soledad no estaba contemplada en el Jardín; el paraíso fue creado para dos. Inmortales, la vida de Adán y Eva no era regida por el tiempo lineal; por consiguiente, no estaban sujetos a la corrupción de sus cuerpos, tampoco a la muerte. Sin embargo, este par de contrarios, vida y muerte, estaban presentes en el Jardín, en diferentes frutos de dos diferentes árboles: El árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Los contrarios, por tanto, sí existían juntos, pero no se enfrentaban. El punto de quiebre se da cuando la pareja los separa al decidirse por uno de ellos: el fruto prohibido. La pareja debe ser expulsada, y fuera del Jardín el tiempo se fracciona, los contrarios se confrontan (vida y muerte, hombre y naturaleza, placer y dolor); el

---

¿Y los hijos, eran parte o no del mismo? El mandamiento de "fructificad y multiplicaos" les fue dado en el Jardín, antes inclusive de la restricción del fruto del árbol de la ciencia del bien y del mal. ¿Era entonces posible que hubieran tenido hijos en el Jardín de Edén? Una posteridad que hubiera "heredado" el estado paradisiaco de sus progenitores. Pero la historia narra otro destino, después de la expulsión, los hijos que les nacerían, nacerían en la soledad.

hombre conoce el sentimiento de soledad y el de nostalgia. Se inicia la búsqueda del camino de retorno.

### 3. El camino de retorno

En su obra *El arco y la lira*, Octavio Paz identifica dos posibles caminos para llegar, aunque sólo sea por un momento, a reconciliarse con el universo, cruzar a la otra orilla, llegar a la Otredad; éstos son: el amor y la poesía. El amor, pero no como la sociedad lo concibe: "como una unión estable y destinada a crear hijos" (Paz, 2001:346), sino como un acto natural, como un encuentro de dos cuerpos en el que la revelación de la continuidad se hace presente en el contacto con el cuerpo del otro. La cercanía a la muerte es extrema, como también lo es a la vida. Al entregarse y perderse por completo en el ser amado, el hombre se encuentra a sí mismo, pero esta vez completo. "Y del mismo modo que a través de un cuerpo amado entrevemos una vida más plena, más vida que la vida, a través del poema vislumbramos el rayo fijo de la poesía. Ese instante contiene todos los instantes. Sin dejar de fluir, el tiempo se detiene, colmado de sí". (Paz 1983:125).

La poesía, camino seguro de retorno, también nos regala un instante revelador. A través de sus imágenes es posible romper con la linealidad del tiempo, de fundir los contrarios, de entrever aquel paraíso perdido. "La poesía revela este mundo; crea otro. Pan de los elegidos; alimento maldito. Aísla; une. Invitación al viaje; regreso a la tierra natal" (Paz 1983:13). Sin embargo, así como el acto del amor, en la poesía este regreso no dura más que un instante. A través del poema, espacio de la poesía<sup>2</sup>, el hombre puede acceder a la experiencia poética que "como la religiosa, es un salto mortal: un cambiar de naturaleza que es también un regresar a nuestra naturaleza original." (Paz, 1983:137). Así, al cesar la lectura,

---

<sup>2</sup> Utilizamos y entendemos el concepto de "poema" como lo hace Octavio Paz en "Poesía y poema" de su libro *El Arco y la Lira*, es decir, no refiriéndonos expresamente a la forma literaria como tal, sino a todo espacio que pueda contener poesía. En este sentido, un poema bien podría ser una pintura, una escultura o, incluso, una sinfonía.

cesa la revelación, junto con el libro se cierra la visión. Si la religión necesita de un mediador, un Mesías, para interceder y reconciliar a los hombres con la divinidad, en la poesía ocupa ese lugar el poema: "por gracia suya, el tiempo original, padre de los tiempos, encarna en un instante" (Paz, 1983:24): nos muestra el camino de retorno.

*A mis pies la hoja seca viene y va  
con el viento;  
hace tiempo que la miro,  
hecho un hilo, de fino, el pensamiento...*

*Es una sola hoja pequeñita,  
la misma que antes vino  
junto a mi pie y se fue y volvió temblando...*

*¿Me enseñará un camino? (Loynaz, 1993:58)*

Para que la poesía se revele plenamente es necesario que un creador tome la materia, la palabra, y la ponga en libertad a fin de que ésta muestre "todas sus entrañas, todos sus sentidos y alusiones" (Paz, 1983:22). Así, la palabra se vuelve imagen, y por lo tanto, capaz de contener poesía. Dos ejemplos, entre tantos, de obras cuya dimensión poética es vasta y profunda, son las de las poetisas Blanca Wiethüchter (1947 — 2004) y Dulce María Loynaz (1903 — 1997). Boliviana una, cubana la otra, ambas se han consagrado como hitos en la historia literaria de sus países.

La obra de Blanca Wiethüchter es cardinal. Si bien por una parte da forma y voz a una poética íntima; por otra, carga esa intimidad de múltiples matices; desde la mirada interior que escrutina sin piedad las honduras de una vida individual hasta la urgencia de dialogar con las distintas voces e historias culturales que habitan nuestro país. Es, por tanto, una obra articuladora y renovadora." (Monasterios, 2004: 87).

Decir Dulce María Loynaz - para salirnos del ámbito acechante de un feminismo que muy poco tiene que ver con el duende de la feminidad - equivale ya en la balanza del oído de nuestro

corazón, a decir también José Jacinto Milanés o Juan Clemente Zenea o Julián del Casal. El peso de su levitación poética los equivale. Sin que apenas fuese advertida, y ello en gran parte por su vocación de relieve en la ausencia, pasó su palabra la prueba de fuego y ceniza de las circunstancias, las generaciones y las polémicas, sin mustiársele el pétalo de una sílaba, y ahora podemos verla tranquilamente instalada, sonriéndonos sin más orgullo que modestia, en el Parnaso de los padres y madres de nuestra poesía. (César López, s.f.:1 ).

Tanto Wiethüchter como Loynaz se entregaron casi por completo a escribir poesía. Son contadas sus obras en prosa<sup>3</sup> de las cuales, por su singularidad y el espacio en común que comparten, el presente trabajo lee dos: *El jardín de Nora* (1998) de Blanca Wiethüchter y *Jardín* (1951) de Dulce María Loynaz. Ambas obras, a pesar de ser consideradas por lo general como novelas, escapan a una clasificación genérica tradicional ya que trascienden los límites de su definición. La crítica, escasa en ambos casos, destaca su singularidad y el impacto que éstas tienen en la literatura de los países que representan.

Por citar algunos ejemplos, sobre *El jardín de Nora*, Elizabeth Monasterios comenta: 'Pocas veces la literatura boliviana ha producido momentos tan dislocantes y dueños de una lógica interna capaz de desestabilizar nuestro sistema de significaciones y dejarnos perplejos' (2004:94). Por otro lado, el poeta cubano Antón Arrufat, en un homenaje a Dulce María Loynaz, nos dice: "*Jardín* carece hasta hoy de situación en nuestra novelística. Y se demorará mucho tiempo en tenerla, tanto por su circulación escasa como por su rareza" (s.f.:2).

El otro motivo por el cual se aborda estas obras es el hecho de compartir un espacio en común; espacio que, no hace falta decir, tiene una fuerte connotación con respecto al jardín ancestral y, por tanto, al camino de retorno. Si en ambas obras se toma al jardín como imagen del paraíso perdido, se encuentra a dos

---

<sup>3</sup> Cada una de ellas compuso dos obras. Wiethüchter: *Memoria Solicitada* (1992) y *El jardín de Nora* (1998); y Loynaz: *Jardín* (1951) y *Un verano en Tenerife* (1958).

protagonistas que, sea de manera consciente o no, desean volver y ser parte de él.

¿Qué implica volver? Retornar supone un encuentro entre dos mundos, el nuevo que el hombre trae consigo (cultura, lenguaje, filosofías, etc.) y el antiguo del cual fue expulsado mucho antes de nacer<sup>4</sup>. Puede separarse, si se quiere, el mundo "artificial", aquel creado por el ser humano, y el "original" en el que la mano del hombre no se posó nunca, es decir, el mundo "continuo". ¿Cómo hacer para que dos elementos, hombre y naturaleza, opuestos entre sí lleguen a ser uno solo? ¿Cómo podría el nuevo Adán, o en este caso dos Evas, Nora y Bárbara, volver a su jardín del Edén?

#### **4. La Estrategia: El Injerto.**

Para llegar al final del camino y entrar al jardín es necesario lograr la reconciliación o (re)unión de los dos mundos, de los contrarios, donde cada elemento perteneciente a cada esfera pueda (co)habitar nuevamente en armonía. Tanto Nora como Bárbara necesitan llegar a ser parte del jardín y viceversa.

Dentro del campo de la botánica existe un método que ilustra muy bien dicho encuentro: el Injerto, por el cual dos organismos diferentes llegan a coexistir como uno. Por lo general, se corta una parte de una planta, llamada "púa", y se la introduce en otro corte hecho en el tronco del árbol a injertar denominado "patrón". La capacidad de cicatrización de la superficie cortada depende del contacto íntimo que se establece entre la "púa" y el "patrón", para ello se protegen a ambos con diferentes tipos de cera. Una vez protegida, se acostumbra a envolver la herida

---

<sup>4</sup> Este mundo "antiguo" está representado en el jardín ya que, al ser éste un espacio "natural", "silvestre", se acerca más al espacio mítico. Si bien es cierto que un jardín al ser producto de un diseño gana algo de artificialidad, en el Jardín de Edén, el diseñador también era el creador del mismo y de todas las criaturas que lo habitaban. De esta manera, todos los elementos estaban unidos por una relación armónica, existía una Continuidad.

con una cinta especial de injertar para evitar la penetración de humedad y los ataques de enfermedades y parásitos.

A pesar de la violencia del método, el injerto se emplea para permitir el crecimiento de variedades en terrenos o circunstancias que les son desfavorables; las ramas "púa" aprovechan la fuerza de las raíces del "patrón" para preservar su calidad productiva. Tal es el caso del Olivo, cuyo cultivo se da a través de este procedimiento. El propósito del injerto entre olivos, entre uno silvestre o acebuche y uno cultivado, es el de preservar la buena producción del fruto. Si el vástago verde de un olivo se plantara directamente y se le permitiera crecer, se convertiría en un olivo silvestre, un arbusto que crece sin control en una maraña de gajos y ramas que solamente producen un pequeño fruto inservible.

Para llegar a obtener un olivo productivo, el gajo principal del silvestre se debe cortar totalmente e injertar en él una rama de un olivo cultivado. De esta manera el nuevo árbol, (re)unión de lo silvestre y lo cultivado, produce buen fruto (fruto cultivado). El injerto, sin embargo, no siempre es efectivo ya que, si no se tienen los cuidados necesarios, las raíces del "patrón" (el olivo silvestre) pueden sobrepujar a las ramas "púa" (las cultivadas) y producir fruto malo, de tal manera que la fusión no habría llegado a concretarse en realidad.

El encuentro entre estos dos opuestos, silvestre y cultivado, sirve como analogía y herramienta para abordar las dos obras elegidas y leer en ellas el injerto de Nora y Bárbara (ramas "púa") a su respectivo jardín<sup>5</sup>. Tenemos así, un injerto entre ramas cultivadas (culturadas y civilizadas) y un "patrón" o jardín silvestre (natural, original, mítico). Injerto por medio del cual Nora y Bárbara tomarán el camino de retorno y buscarán traspasar su soledad: entrar y ser parte continua del Jardín.

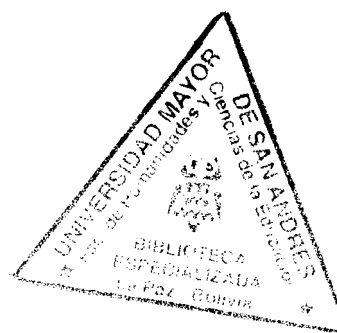
---

<sup>5</sup> En el caso de Bárbara, el jardín "patrón" es el que rodea su casa; en cambio, en el caso de Nora, este jardín, el que representa al mundo "silvestre", está oculto, es el "mundo de abajo". El jardín que Nora pretende crear es parte de las ramas "púa" a injertar.

Paralelamente a dicha búsqueda ambas obras nos proponen otro tipo de injerto: entre lo "poético" y lo "narrativo". Dos formas literarias opuestas que se encuentran en una escritura; encuentro que también produce y que marca, al igual que la poesía, un camino de retorno, un instante de revelación. Encuentro que ha llevado a ambas obras a sobrepasar los límites de una definición genérica tradicional.

La lectura expondrá, por tanto, el procedimiento y el tipo de injerto entre las protagonistas y el jardín, por un lado y, por otro, presentará el tipo de injerto que se da en la escritura de estas dos obras que nos han dejado dos grandes cultivadoras de la palabra. Así, no sólo desde el "contenido" sino también desde la "forma" ambos escritos narran una búsqueda, un camino y un encuentro. ¿Es posible esto? ¿Puede la narración ser imagen y "cantar" contando aquel instante de reconciliación, encuentro con aquel paraíso perdido? ¿Qué tipo de narración y qué tipo de historia es la que narran ambas obras? La propuesta: leer la historia de un instante o un instante hecho historia.

## EN EL PORTAL DEL JARDÍN...



### 1. *El jardín de Nora*: un injerto fallido

De Viena, vía Air France a París, en conexión Lloyd Aéreo Boliviano, arriba a La Paz una pareja austriaca. Franz, "elegante, bien visto con sus ojos azules, su metro setenta y tres, con su cabello ondulado y castaño" (Wiethüchter, 1998:10), y Nora, "blanca, (...) pero no rubia" (Wiethüchter, 1998:7), "con sus grandes ojos de un color y de otro color" (Wiethüchter, 1998:10), llegan a la ciudad andina con la intención de dar inicio a un nuevo linaje. Desprendidos del árbol ancestral dejado atrás, buscan ahora "ser entre ambos el tronco húmedo de uno nuevo" (Wiethüchter, 1998:36). Para ello, Nora decide construir un jardín, pero no uno

cualquiera, sino una réplica de aquel primer jardín donde la pareja primigenia habitara. "Éste será el jardín sagrado en el que viviremos tú y yo. Será nuestro paraíso" (Wiethüchter, 1998:20), sentencia Nora frente al terreno escogido tras una intensa búsqueda.

El lugar sin embargo, situado al extremo sur de la ciudad, no muy diferente a los otros que ya había visto, apenas presenta las condiciones para llevar a cabo su empresa y es que la ciudad paceña, de suelo pedregoso, rodeada y hundida entre montañas, no califica para la construcción de un jardín al estilo vienés. No obstante, "impaciente y presa del afán de fundar ese paraíso [Nora se lanza] terreno adentro con todo ímpetu, anunciando con voluntarioso entusiasmo: - ¡Voy a convertir cada piedra en planta!" (Wiethüchter, 1998:19).

De la misma manera que se realiza un injerto, y con la misma violencia, Nora manda a "cortar" la tierra para incrustar en ella ramas traídas de otro lugar, un jardín desgajado de su tronco de origen: Viena. Las ramas "púa" a injertar, sin embargo, no sólo constan de plantas ajenas o extrañas al lugar (como rosales, azaleas, violetas, coquetas, adonis, dedaleras y flor de lis) sino también de ideas, creencias y costumbres. Se tiene, por tanto, por un lado un espacio físico, es decir el jardín mismo y sus ocupantes, y por otro, uno conceptual.

Además de las plantas que conforman el jardín, Nora y Franz también forman parte de las ramas a injertar. Así como se hacen los preparativos necesarios para que las rosas y violetas florezcan, la elección del terreno también se la hace pensando en la pareja austriaca: "y ni hablar de lo que significan los 300 metros menos de altura para nosotros, Franz, que no somos de aquí, Franz" (Wiethüchter, 1998: 18). De esta manera, Nora llega a ser la que realiza el injerto pero también una parte del mismo: cultivadora y cultivada.

Entre las ramas conceptuales se encuentran unas particulares representadas en pequeños gnomos de madera que, en algún otro lejano jardín, son considerados



como protectores del mismo, pero que en este otro son extraños, incluso intrusos. Si bien estos pequeños extranjeros ocupan un lugar en el espacio físico, la carga ideológica que traen consigo es considerable. En ellos se concentra la savia del árbol ancestral (tradiciones y costumbres europeas) como también el deseo paradisiaco de la pareja (proteger y preservar su jardín).

La concepción "ideal" del jardín tiene un modelo, aquel "mundo espejo de otro mundo del que conocían [Nora y Franz] el nombre grande y también el pequeño" (Wiethüchter, 1998: 22). Traer el mito edénico - y hacer de un mito un hecho histórico — significa traer consigo toda una cosmovisión muy distante y distinta de la andina. Y como parte de ésta, de la cultura occidental, también llega una religión cuya doctrina se rige en la dicotomía de las cosas, bien y mal, bendición y castigo, cielo e infierno, es decir creencia que tiende a mantener los contrarios separados.

La figura se hace más compleja cuando, entre unos cuantos tragos, Beethoven y una reproducción de un fresco de Rafael, Nora recibe una "revelación" sobre el paraíso perdido.

- Te das cuenta, Franz, que nunca, nunca en todos los lienzos que hemos visto del paraíso existen niños. Porque en la felicidad no están los niños. Porque dios no quiso niños en el edén (...) son ellos la causa de la expulsión del paraíso. Son los eternamente expulsados. Los causantes del dolor, del sufrimiento y de la muerte (Wiethüchter, 1998: 29).

Son todas estas ramas "púa" las que hacen que la idea de paraíso que Nora planta sea diametralmente opuesta al lugar, al "patrón". El árbol en el que se realiza el injerto se configura más bien como un espacio de vegetación mesurada (en el aspecto físico), cuyas creencias (aspecto "ideal") son mucho más afines al espacio mítico que el Edén de Nora.

En la cosmovisión andina el mundo es una totalidad viva. No se comprende a las partes separadas del todo, cualquier evento se

entiende inmerso dentro de los demás y donde cada parte refleja el todo. (Cap. 1: 6.2<sup>6</sup>).

Inclusive en la cosmovisión andina el tiempo no es lineal, sino es concebido como un continuo devenir, "es en sí una convivencia del pasado y del futuro" (Cap. 1: 6.2.3). Es a este tipo de "patrón", a este jardín andino, que Nora va a injertar las ramas "púa", a un tronco opuesto al de donde ella viene, tanto física como culturalmente. Encuentro entre un mundo "cultivado" y uno "silvestre". Pero para que el injerto sea productivo, es decir, para que Nora lleve a cabo su objetivo, las ramas "púa" deberán nutrirse de la fuerza de las raíces del "patrón". Sin embargo, al realizar el injerto, ni Nora ni Franz toman en cuenta el espacio sobre el cual volcarán sus deseos, es decir, al Otro. Como ramas injertadas, se niegan a creer que ahora son parte de otro tronco y, por tanto, que su alimento está en otras raíces; quieren seguir siendo ramas sin ser árbol.

La violencia del injerto va más allá de lo permitido ya que Nora no sólo obliga a la tierra a producir y sostener un jardín que no le es propio, sino que también niega la posibilidad de (co)habitar con ese otro "mundo" que está presente por debajo del que ella quiere crear. Y es que en realidad Nora no reconoce en este encuentro un injerto, sino más bien un trasplante. Ella quiere trasladar *su* mundo, deseos e ilusiones, de un terreno a otro; no entiende que, para poder recoger buen fruto en las circunstancias desfavorables de este espacio, debe llegar a ser Uno con éste, debe injertarse en él. Ante tal incomprensión, Nora no toma los recaudos suficientes para vendar y cerrar la herida del injerto. Ante tal situación, antes que las plantas, las señales de advertencia empiezan a florecer.

Nora no puede dejar fácilmente de lado las señales del mundo que habita debajo del jardín como lo hace con los consejos de las personas que cuestionan su

---

<sup>6</sup> Referencia a la página web: <http://www.sinnersite.com/aquibolivia>. y al Capítulo 1: "Religión y Cosmovisión andino" los capítulos y sub capítulos del artículo.

Referencia a la página web: <http://www.sinnersite.com/aquibolivia>. y al Capítulo 1: "Religión y Cosmovisión andino" los capítulos y sub capítulos del artículo.

proyecto. El "patrón" se resiste ante la presencia de un organismo extraño en él y manifiesta su rechazo. Pero, "Incapaz de interpretar estas 'señales del adentro' Nora [pasa] veinte años viviendo en un sitio que no [entiende] y que no la [entiende] a ella" (Monasterios, 2004: 96-97). Desde el principio, y ante tal violencia, el mundo andino reacciona y Nora lo sabe, aunque no lo entienda, lo percibe.

(...)ese rumor que la venía acosando desde hacía años y que últimamente había cobrado una frecuencia inusitada, como para advertirle de ese algo que tenía que ver con el miedo que ahora percibía, ese miedo atroz, que no es sino una forma de resistir al mal; al mal que de una manera o de otra ya se espera como a una visita y que Nora vigila desde el día en el que decidió forzar la tierra a producir un jardín como si estuviera en Viena (Wiethüchter, 1998: 10-11).

A pesar de la renuencia por comprender y descifrar este miedo, Nora habita (aunque superficialmente) en él, se convierte (de manera forzosa, si se quiere) en rama de aquel tronco. El mundo de adentro donde "seguro que sigue habiendo río" se manifiesta en aquel "rumor plantado en la huerta [de su] pecho" (Wiethüchter, 1998: 12). La comunicación se da a través de "una especie de leche o suero amarillento, tal vez leche agria" (Wiethüchter, 1998: 11), no sangre (fluido vital), sino más bien savia de un árbol al que ahora ella pertenece, el mundo de adentro. Pese a la comunicación, frente a la "indiferencia" de Nora, aquel lugar "donde suceden las cosas antes de suceder" (Wiethüchter, 1998: 12), donde el cause de un río oculto, cual tiempo mítico, corre sin detenerse, empieza la resistencia: aparece el primer hueco.

El enorme hueco, que a decir verdad no era muy ancho pero sí profundo y áspero, irreverente mientras exhibía impudicamente a la intemperie sus secretas capas interiores, las que ellos

---

Y es que "Este mundo íntegro y vivo es conceptuado como si fuera un animal, semejante a un puma capaz de reaccionar con inusitada fiereza cuando se le agrade" (<http://www.sinnersite.com/aquibolivia> Cap 1:6.2).

mismos habían añadido al pedregoso lecho de río (Wiethüchter, 1998:15-16).

El mundo de adentro muestra la cicatriz abierta del injerto. Y es que el contacto entre ambas partes no es lo suficientemente íntimo para lograr la fusión buscada. Toda la tierra traída, el abono y la grama no son bastante para empalmar ambos mundos. "- Las raíces no podrán entrar tierra adentro, y al crecer superficialmente van a destrozar jardín y casa." (Wiethüchter, 1998: 20), había sentenciado el especialista. Ambos mundos no logran (com)prenderse y es que Nora, ni como rama o cultivadora, hace un esfuerzo para hacerlo.

La fuerza del mundo de adentro empieza a hacerse presente en la ausencia que dejan los huecos; el mundo "silvestre" embiste al "artificial", o en palabras de Nora, asume su venganza y la disfruta. Los huecos empiezan a comerse al jardín y es que, como le había dicho aquel hombrecito de sombrero borsalino: "saca las piedras, queda hueco (...) No es cosa de dedo verde señora. No hay caso. Imposible, imposible siempre" (Wiethüchter, 1998: 24). Las raíces sobrepujan a las ramas injertadas y su fuerza se manifiesta en los frutos. El injerto falla, los frutos son silvestres.

Diez son los hijos que les nacen a la pareja austriaca en la ciudad andina, los mismos que, desde aquel día de la revelación en el cuarto íntimo, son desterrados de la casa paterna y del jardín.

- Franz, mira la serpiente, Franz, sabes lo que significa, ¿te das cuenta? La serpiente es el mal, es el pecado, son los hijos, ¡Franz! ¡Son los hijos! (...) Oh, Franz, no deben destruir nuestro paraíso (Wiethüchter, 1998: 29).

Diez son los niños que están destinados a formar un nuevo linaje y que, sin embargo, no corresponden a las expectativas de sus progenitores. Incapaces de nombrar a los gnomos de madera que año tras año les estuvieron reservados en el jardín, tampoco son capaces de heredar el lenguaje de sus padres, más al contrario guardan silencio absoluto.

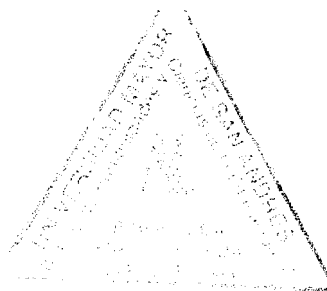
Los mudos son casi inadvertidos por la pareja hasta el día del primer hueco y el hallazgo de la envoltura del chicle Bazooka; día en el que nace en el corazón de Nora la sospecha de cierta complicidad entre aquellos hechos y sus hijos.

- ¡Los mudos! — exclamó, sintiendo alzarse la ira en la sangre.
- Estos desalmados han estado por el jardín. ¡Están prohibidos de pisar el jardín! ¡Está terminantemente prohibido que los niños siquiera asomen por el jardín! ¡Esta desobediencia les va a costar caro!... (Wiethüchter, 1998: 27-28).

La revelación a partir del lienzo de Rafael y el hallazgo de la envoltura del chicle alimentan la probabilidad de que sean los niños los culpables del ataque al jardín. Nora los cree responsables, Franz, al contrario, cree que los mudos son seres incapaces no sólo de eso, sino de cualquier otra cosa. Para él, son seres inferiores:

No hay por qué preocuparse, no te das cuenta de que ellos, ¡ellos jamás han podido acceder al jardín! Ellos han fracasado en su ingreso al jardín. Nuestros hijos, Nora, no sé por qué, son unas pobres aves que ni siquiera saben hablar (Wiethüchter, 1998: 30).

Los niños, sin embargo, son más que pobres e indefensas criaturas, como lo percibe su padre. Los mudos, frutos híbridos de aquel mundo "cultivado" y el "silvestre", por un lado, herederos de sangre austriaca y rasgos europeos, y por el otro, nacidos en tierra andina, llevan en sí la savia de ambas partes. Son ellos los que logran aprovechar la fuerza de las raíces para sobrevivir. Si bien de aspecto son buen fruto, "con el pelo casi rubio y ensortijado, los ojos azules, grandes (...), de rostro blanco y labios rojos y sanos" (Wiethüchter, 1998:62), por dentro, son fruto silvestre. Los hijos llegan a ser parte del mundo de adentro, y como parte de esa "totalidad viva" llegan a "reflejar el todo". Son ellos los que reconocen y comprenden al Otro.



Al expulsarlos de la casa y del jardín, involuntariamente Nora libra a sus hijos de la decisión que ella había tomado al optar por solo un extremo — decisión que la lleva a habitar las ramas sin el árbol, que impide la conciliación entre ambos mundos — y les da la oportunidad de crear un espacio en el que el Otro sí esté presente. Y así como en el principio "Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente" (Génesis 2:8), los mudos plantan el suyo detrás del jardín de su madre:

Delante de la casa una pequeña huerta en la que los mudos plantaron kiswaras, retamas y kantutas, pero también sembraron papas y algo de quinua, por el color (Wiethüchter, 1998: 31).

A diferencia de Nora, ellos no violentan la tierra, sino que plantan un jardín con plantas propias e inclusive representativas del lugar; y no sólo flores sino también plantas de las cuales puedan alimentarse, se nutren del jardín de adentro. Sin saberlo, ellos siguen los consejos del especialista. El contacto de los niños con el nuevo mundo en el que han nacido es mucho más íntimo que con el mundo traído en macetas cubiertas de suave celofán. Mientras sus padres todavía se aferran únicamente al suyo, los niños se entregan al otro. Entrega que, a los ojos de su padre es deplorable:

Miró los choclos a medio comer, las vainas vacías de las habas, el queso derretido y una especie de repugnancia le atacó el estómago por esa debilidad a la vista, por esos seres negados al lenguaje, por tanto a la cultura, por esos pasivos espectadores del mundo, amantes de las serpentinas y las mixturas, de los globos de agua... Sus hijos, estos niños que no pertenecían a ningún lugar. ¿O se trataba de algún error de lectura? , ¿O podía él haber perdido el manuscrito al venir a La Paz?, ¿Y si en este país existía otro manuscrito? Otro, que él desconocía y que había vuelto mudos a sus hijos (Wiethüchter, 1998: 35).

La posibilidad de otro manuscrito, de la existencia de *otro* mundo, otras leyes, es atisbada por Franz, pero al parecer rechazada inmediatamente por las raíces de las cuales fue arrancado, ya que no profundiza dicha sospecha, menos la

comparte con su esposa, perdiendo así la oportunidad de haber entrado en contacto con ese mundo oculto. Pero, más que oculto, (en)cubierto por la pareja, la cual a pesar de reconocer este hecho, prefieren no comentarlo, o evitarlo.

- Hay algo encubierto en todo esto, ¿no te das cuenta? — respondió ella casi con furia.

- Qué quieres decir ¿Qué encubrimos algo? — dijo Franz en tono duro.

Calló ella, porque era evidente que le costaba esfuerzo articular lo que en su cabeza había pugnado por abrirse camino hacia los labios durante todo el día sin ella permitirlo:

- Entonces, no hay otra — mencionó apenas — entonces...son ellos, son los mudos...

Un silencio de palabras no dichas cayó entre ellos como una piedra (Wiethüchter, 1998: 31-32).

Ambos evitan hablar de la posibilidad de otro manuscrito, de otro mundo, del Otro. La idea de una presencia cubierta por la suya los intimida y, aunque Nora presiente que sus hijos han entrado en contacto con ésta, no trata de entender dicho encuentro. Para ella, simplemente no existe otro manuscrito válido más que el suyo. Pero cuando aparece el segundo hueco, y ante el horror de perder su jardín, aparentemente cede. Por única vez parece aceptar la posibilidad del otro mundo y hace llamar a un Yatiri para solucionar el caso.

- Estamos en un país que no es el nuestro, y otras son las costumbres, - dijo Nora con extraordinaria firmeza — y más vale creer en esas cosas; además, no hay otra alternativa (Wiethüchter, 1998: 46).

¿Es ésta acaso una señal de reconocimiento del Otro? En realidad, no. Nora acepta y sigue las instrucciones de Don Casiano porque no hay otra salida, es decir, todavía sigue empeñada en preservar su jardín. El horror que le produce la presencia del Otro no le ayuda a dar el salto hacia delante para entregarse a la otredad, más al contrario, refuerza su deseo de sostener su paraíso a cualquier costo. ¿Qué consigue con este comportamiento? Después del ritual de purificación, en el que "de vez en cuando los mudos entreoían algunas palabras

como *diosito, achachilas, phutunku, huirgina, espíritu santo, phutunku, desgracia, desgracia, desgracias*" (Wiethüchter, 1998: 48), el jardín tiene una milagrosa recuperación, pero momentánea.

Mientras Franz y Nora se ocupan de conservar su paraíso, huérfanos y desprendidos de sus progenitores, los niños son adoptados por el lugar de adentro, se alimentan y se nutren de él. Más allá del hecho de haber nacido en La Paz, la relación se hace también consanguínea. Cada año cuando los padres los llevan a efectuar el ritual para ingresar al jardín — al cual por cierto no responden como se espera —, uno a uno fueron derramando gotas de sangre en la tierra. En ese instante, ambas savias se mezclaron y Nora lo sintió aletear en el pecho. Este "pacto de sangre" fue el que dejó mudos a los niños, "negados al lenguaje y a la cultura", pensaría Franz, pero a un lenguaje y a una cultura ajenos a los que ahora adoptaban a estos pequeños. Es por eso que "ni uno de los niños pudo jamás pronunciar su propio nombre en el jardín. Tal vez porque para lucir un nombre hay que pertenecer a un lugar y ellos habían perdido el territorio que abarca la sombra de un árbol antecesor" (Wiethüchter, 1998: 60). Pero no sólo recibieron una "patria", un parentesco consanguíneo, sino también un lenguaje, aquel que escucharon hablar al Yatiri tan respetuosa y ceremoniosamente.

Por eso, en realidad es ante los padres que los niños quedan mudos, porque el mundo al que ahora pertenecen es desconocido o más bien, rechazado por ellos, por su progenitores, aquel lugar donde suceden "las cosas de las que no se habla" (Wiethüchter, 1998: 12), aquellas a las que se les niega el lenguaje, o quizás que el lenguaje paterno no puede hablar. No obstante, cuando los hijos lo hacen, cuando hablan de ello, el mundo de adentro se manifiesta. Y así, de igual manera que cuando "Dios dijo... y fue hecho", los niños dijeron "hueco" y el hueco fue hecho. Y por ese instante, tan sólo por ese momento, los mudos ingresan en aquel espacio mítico donde la palabra crea, donde la unidad con el universo es plena. Recuperan la continuidad. Más allá de la concepción de paraíso de Nora, los que realmente llegan a ser parte del "Paraíso", del verdadero jardín, son los hijos.



Este jardín oculto, revelado por los huecos, devora al superficial, la fuerza de las raíces es mayor. El injerto entre estos dos jardines fracasa en tanto Nora, como rama "púa", no logra ser Uno con el "patrón", con el Otro. La cicatriz se abre y las ramas se marchitan. Como Franz y ella son devorados por el mundo de abajo, quede claro que este encuentro no es armónico. El horror frente a lo Otro, como ya se decía en líneas anteriores, no despierta en ellos el doble movimiento del que habla Octavio Paz y que finalmente conduce al hombre a la unidad. Tanto Nora como Franz, pese a las diferentes manifestaciones del mundo de abajo, sólo dan el paso hacia atrás.

Lo Otro nos repele: abismo, serpiente, delicia, monstruo bello y atroz. Y a esta repulsión sucede el movimiento contrario: no podemos quitar los ojos de la presencia, nos inclinamos hacia el fondo del precipicio. Repulsión y fascinación. Y luego, el vértigo: caer, perderse, ser uno con lo Otro. Vaciar. Ser nada: ser todo: ser. (...) La experiencia de lo Otro culmina en la experiencia de la Unidad. Los dos movimientos contrarios se implican. En el echarse hacia atrás ya late el salto hacia delante (Paz, 1983: 133).

Nora no logra la reconciliación con el Otro, no llega a ser parte del jardín oculto y, por tanto, no logra traspasar su soledad. Aún cuando tiene hasta el final a un compañero, desde que el mundo de abajo empieza a embestir a Nora, Franz empieza a marchitarse también. "Franz no soportaba estas caídas de su mujer en una ausencia que lo excluían como a una rama seca" (Wiethüchter, 1998:36). Las ramas "púa" se secan como su cultivadora. Lo que queda de éstas son los frutos, pero frutos silvestres. Si existe un momento de reconciliación, éste se lleva a cabo fuera del jardín de Nora, por debajo de él. Irónica y contrariamente a su interpretación, en la que los hijos son la "manzana de la discordia", los "eternamente expulsados", son precisamente ellos, los frutos, los que logran la conciliación con el Otro, con el jardín oculto. Los mudos, si bien no son el nuevo linaje que sus padres deseaban sembrar ni el fruto "cultivado" que ellos querían

cosechar, son los únicos que sobreviven al injerto y son los únicos que, finalmente, son parte de un jardín.

## **2. Jardín. Un injerto tras otro.**

*En algún lugar, en el que acaso nunca hemos estado, ya estaban el muro, la calle, el jardín. Y a la extrañeza sucede la añoranza... Adivinamos que somos de otro mundo. Es la "vida anterior" que regresa.*

(Paz, 1983: 133-134)

El jardín que se presenta en la novela de Loynaz, como aquel primer jardín, es también un espacio donde los contrarios se funden y el tiempo se suspende o en otras palabras, es un espacio mítico, donde lo infinito, como dice Gonzáles Dorado, se alcanza por lo finito que no acaba de terminar por la repetición (2005: 2). Sin embargo, la criatura que lo habita, otra mujer, Bárbara, no ha sido creada en él, ésta no es su tierra primigenia. Bárbara es una criatura que el jardín ha reclamado como suya. A diferencia de Eva que fue expulsada del jardín al "mundo", y de Nora que busca construir uno para hacer de él su paraíso, Bárbara es una mujer cuyo deseo es volver al mundo del cual ha sido tomada e injertada a este otro.

El jardín de Bárbara, se configura como el mundo "natural" donde el tiempo es cíclico pues, característica de la naturaleza, todo se regenera. Las plantas que mueren vuelven a la tierra de donde salieron y dan vida a otras. En el caso del jardín de Nora, dicha regeneración no llega a cumplirse, ya que, contrariamente, este jardín es imagen del mundo "artificial" y como ya se vio no logra sentar raíces, mucho menos dar vida a otras plantas. Si el movimiento en la obra de Wiethüchter era de afuera hacia adentro, imposición de un jardín extraño y una mujer sobre el mundo "natural", en este otro caso el impulso cambia de dirección, Bárbara quiere

salir del mudo "silvestre" al "cultivado". A través de las lanzas de hierro que limitan su casa, observa desde adentro el mundo de afuera al cual alguna vez perteneciera; cuando gira para adentrarse por los senderos del jardín, otro universo la espera, un universo de extrañas sombras, de árboles enjutos, de rosas frías. Bárbara, sin embargo, no es criatura procedente de este espacio, no es hija natural del jardín. No obstante, vive allí, permanece y pertenece al jardín: "Y como una planta era ella, tranquila, fría y silenciosa; como una planta movable - ¡y qué poco! — sin flor y sin fruto" (Loynaz, 1993a: 54). ¿Cómo es que esta muchacha llega a ser parte de este espacio mítico?

La novela comienza con el encuentro entre el presente y el pasado de la protagonista. A través de retratos viejos, Bárbara lleva a su memoria recuerdos de sus antepasados; recuerdos algunos, inciertos otros, los más lejanos. Y en ese recordar descubrimos a una mujer que, como aquella otra bíblica, le gusta mirar atrás.

Sabrosa melancolía de los retratos viejos... hundir la mano en la empolvada burguesía de los grupos familiares — el niño más pequeño en el maternal regazo, cabezas en escalinata, el perro moviendo la cola... (Loynaz, 1993a: 15).

Bárbara contempla su pasado y así, retrato tras retrato, se suscitan angustias, preguntas, recuerdos y nostalgia. Por medio de ellos nos enteramos de la muerte temprana de su hermano, muerto a los tres años, de la ausencia de los padres y de su niñez; de cómo una extraña enfermedad la postró por mucho tiempo en cama, del abandono de su madre y de los tíos que se hicieron cargo de ella. Pero existen otros retratos más alegres que nos cuentan sobre sus vestidos y sombreros, sobre la Niña paseando en la playa, por el mar... ese mar donde la Niña posa su mirada y "¡Qué lejos van los ojos de la Niña!" (Loynaz, 1993a: 23). Para Bárbara el mar es la barrera que la separa del mundo, que la limita.

El jardín, sin embargo, más que un lugar se configura también como un personaje, como el compañero de toda la vida de Bárbara. En la mayoría de los recuerdos y

relatos de la Niña él está presente. Inicialmente, antes de quedar sola, la relación con el jardín parece ser amistosa:

(...) solía distraerse contando los clavos de bronce o mirando las golondrinas volar por la ventana; después se conformó con volver los ojos hacia aquel ángulo de la casa, desde el jardín que entonces amaba todavía. Y se daba grandes paseos por las avenidas, donde la primavera triunfante dejaba una vaga sensación de desprecio por la muerte, por todo lo obscuro, lo estéril, lo torcido (Loynaz, 1993a: 23).

Conforme pasa el tiempo las cosas van cambiando. En los recuerdos subsiguientes, la presencia del jardín intimida, la relación se hace tensa. La primavera pasa, llega el otoño y aquella sensación de vida, de luz, se empieza a desvanecer y como los árboles empieza a deshojarse. La Niña está enferma y el jardín empieza a invadir la casa y su vida.

El jardín voluptuoso de este enardecido otoño había crecido y parecía querer subir por las paredes de la casa, pegando sus enredaderas a las raspaduras del yeso, agarrándose a las molduras con tentáculos de tallos nuevos y casi alcanzando — invasor — la balaustrada...

- ¿Se morirá la Niña?

Ella se levantó y fue de puntillas hasta la ventana. ¿Qué quería el jardín?

Los viejos árboles seguían empinándose; empuñaban sus ramas contra el blanco rostro asomado, y el olor a tierra y a yerba se hacía cada vez más intenso...

¿Qué quería el jardín? ¿Qué quería el jardín?

La Niña miró sus manos y miró la masa negra, aromática, ávida, la masa húmeda y murmuradora que crecía en la noche.

Un súbito espanto le abrió los ojos, y echó a correr sin gritar y sin hacer ruido.

Pero se detuvo en mitad de la alcoba al tropezar con algo. A sus pies estaba la muñeca con la cara quebrada contra el suelo...

Se inclinó sosegada de pronto, y, tomándola con la punta de los dedos, se la arrojó al jardín por la ventana (Loynaz, 1993a: 30).

*¿Qué quería el jardín?* A Bárbara. En ese mirar sus manos y mirar el jardín, en un instante, se produce la revelación, el llamado, la reacción de Bárbara: miedo,

espanto y, finalmente, la entrega, representada en la muñeca con la cara quebrada. Doble movimiento ante la presencia del Otro: "esto que me repele, me atrae" (Paz, 1983: 133). A diferencia de Nora, Bárbara da el salto hacia delante. Y, a pesar de la violencia que caracteriza el injerto, la Niña se entrega dócilmente al jardín. De esta manera, el jardín llega a ser su tronco y raíz de los cuales se alimenta y vive. Así como llega a reconocer al jardín como su mundo, también el jardín la reconoce como integrante suyo. La niña deja de ser la Niña y es nombrada: Bárbara, nombre apropiado para un ser (re)clamado por la naturaleza.

Era el jardín... Las flores parecían reconocerla y la llamaban balanceando sus corolas sobre los tallos débiles (...) las mariposas de alas brillantes venían volando a rozarle los cabellos y huían enseguida sin entrar, posándose apenas en las ramas, invitándola a su juego ligero y silencioso.

Era el jardín, su jardín; tan suyo, que era toda su patria, todo su espacio, todo su mundo.

Junto al jardín había vivido siempre. En él había crecido, y más que en él, de él mismo (Loynaz, 1993a: 54).

Bárbara y el jardín viven en armonía hasta que cierto día ella descubre, oculto en pleno corazón del jardín, un lugar que cambiará las cosas: El pabellón, un lugar olvidado donde encuentra baúles llenos del testimonio de vida de su abuela. En este espacio los contrarios se fusionan de manera absoluta: por un lado en él se encuentra la máxima representación del mundo: las cartas, los vestidos... el pasado de Bárbara y de su antecesora; y por otro, la presencia de la naturaleza es inequívoca, ella ha penetrado y profanado el lugar.

[El pabellón], espacio mítico desde donde el Jardín muestra su conexión con el cosmos de lo social, si bien esta sociedad es pasada, onírica realidad de otro muerto, que es también Bárbara y su Jardín, la voz de alguien y algo suyo y ajeno, justo como el sueño, el anhelo, lo inconsciente (González 2005: 5).

En el pabellón Bárbara descubre el lugar donde, tiempo atrás, otra planta de su misma especie también ha sido injertada: la otra Bárbara. Aquellos baúles parecen guardar la vida de la otra, vida que, conforme la contemple, irá descubriendo que

también es suya, y también del jardín; todos aquellos recuerdos, aquella memoria han sido guardados por él. Y los hechos, los que delatan las cartas nos hacen suponer que el jardín habría reclamado a esta mujer de la misma manera que a Bárbara, su descendiente. Injerto de una planta a la vez injertada.

El encuentro con la otra va a producir simultáneamente otro más: el encuentro de los tiempos. En este lugar el tiempo mítico y el lineal se confunden, se abrazan, así como las enredaderas se aferran a la blanca pared. Pero para ello es necesaria la presencia de Bárbara. Mientras los baúles no son abiertos, el tiempo no pasa, los siglos permanecen intactos; en cuanto Bárbara lee las cartas, se viste con la ropa de los muertos, la historia se repite, ella es la otra — y otra vez, el tiempo se hace mito. De la misma manera que Bárbara habita ese mundo detenido a "las seis y cuarto", el jardín permanece en un tiempo suspendido. Pero cuando la memoria se levanta de aquella modorra tan espesa en la que se ve envuelta, cuando se lee una carta, cuando se baila un vals, el tiempo vuelve a correr, la Vida despierta. Vida y Muerte se confunden, los contrarios, una vez más, se toman de la mano. Cuando no sucede nada de ello, todavía son las seis y cuarto en el reloj de la sala. En el pabellón Bárbara es una con el jardín.

Bárbara sentía su espíritu desprenderse también e incorporarse a aquella reverberación de la tierra en reposo, tan íntimamente ligado a esa tierra, como si le estuviera traspasando en aquellos momentos toda su sangre joven, que huía, que se iba para abajo a reír las rosas de mañana...

(...)Y he aquí que, de entre aquella confusión de elementos, Bárbara misma se fue alzando lentamente, como un vapor de agua, como una emanación de agua estancada.

La brisa casi la hacía ondular, la empujaba suavemente hacía el hueco de la puerta, cargada de sombras.

Y hacia dentro fue ella, siempre en su vaivén de onda, mecida en su hamaca de aire; hacia dentro, hacia ella misma otra vez (Loynaz, 1993a: 63, 64).

Además de este descubrimiento, Bárbara se da cuenta de que es parte de un linaje, o podría decirse, de una especie; semilla de una Bárbara que ha muerto y que ahora abona la tierra para que ella brote. Flor que sólo crece en aquel jardín,

en aquel pabellón; pabellón que, a manera de invernadero, recoge todas las condiciones necesarias para que esta flor, Bárbara, pueda prevalecer. Pero es también allí donde florece en ella el deseo de volver al mundo del cual ha sido arrancada, aquel mundo que los retratos le traían a la mente. Y este deseo crece en cuanto descubre y se identifica con la otra: desea vivir su vida, soñar sus sueños, gozar la pasión que la llenaba, encontrar la pareja que deseó desde el principio. Bárbara siente nostalgia, se siente sola.

Bárbara es una planta condenada a la soledad, planta que creció sola en el Jardín, a diferencia de Eva que fue creada para ser par con otra criatura. Eva tiene su Adán, y juntos fueron expulsados al mundo. Bárbara estuvo sola siempre, y sola fue extraída del mundo. Pero Bárbara es un ser humano y, como tal, como dice Octavio Paz, es un ser sediento de Otredad, un ser que busca ser con el Otro. A diferencia de Nora y Franz que buscan volver juntos al paraíso para terminar de recorrer el camino de la soledad, Bárbara busca a su Adán para terminarlo con él.

Sola estaba. Sola con su juventud temblorosa, con su instinto vacilante; sola con el ímpetu de la vida en germen, apretado todavía con las manos sobre el corazón. (...)

¿Quién la había alejado de la vida? ¿Por qué sombra anduvo, que perdió su camino para siempre?

Allí estaba, extraviada en un jardín, andando y desandando un jardín, devanando un jardín infinitamente (Loynaz, 1993a: 75).

Es ese germen de vida — por lo menos un ideal de vida —, ese ímpetu que empieza a crecer en el pecho de Bárbara cuando encuentra que su antecesora, no por casualidad, también vivió lo que ella vive y también sintió el deseo de huir de aquella prisión verde, huir por el mar abierto; sí, aquel mar que siempre les ofreció las alas que buscaban. Pero a pesar de las cartas firmadas y de los baúles hechos, aquel viaje fue aplazado y la huida, frustrada. Bárbara quiere lograr lo que la otra no pudo. Se niega a ser injertada.

Entonces sucede lo inesperado, todo lo que ella anhela, todo aquello que no tiene, que sólo se presta de la memoria de la otra, llega a su encuentro. El mar trae hasta su orilla a un joven marinero.

Traído por la tempestad, sobre el lomo del mar, venía ya a buscarla. Venía, sí; muy lento y muy seguro; muy lento para flecha, muy seguro para hombre. Venía sin forma aún, apenas moldeado por el viento. Ella lo había visto aparecer y desaparecer a tramos, entre las cortaduras de las rocas; lo había visto subir el promontorio y hundirse en la hondonada para volver a surgir más cerca, más grande cada vez, más enfocado a su corazón (Loynaz, 1993a: 155).

El encuentro es singular. Él, "interesado vulgarmente" por la figura femenina, sonríe; se acerca y la toma del talle. Cuál no será la sorpresa del joven ante la serena e impenetrable mirada de la muchacha. Pero es algo más lo que le ha hecho retirar el brazo de aquel cuerpo, hay algo en él que le ha dado la certeza de estar ante una muchacha diferente a cualquier otra. Es la naturaleza que posee - aunque él no lo presienta así, en realidad no puede saberlo —, la que el jardín le ha otorgado, la que lo ha perturbado.

No se cansaba de observar a la muchacha. Era pálida y de contornos mórbidos; trataba de hallar entre sus sensaciones físicas la semejanza de la piel que había tocado... Le pareció más bien su carne como una carne de hongos, húmeda y granosa... Ella misma recordaba un fino hongo brotado silenciosamente de la tierra... (Loynaz, 1993a: 157).

Si bien éste, a un principio, también siente deseos de alejarse, por otro, siente cierta atracción que lo obliga a quedarse. Tanto para él, como para Bárbara, existe algo que los inquieta del otro, pero que, a la vez, los seduce: y es aquello que no tienen, aquello diferente, extraño a sí mismos, a su naturaleza. "Lo Otro nos repele: abismo, serpiente, delicia, monstruo bello y atroz. Y a esta repulsión sucede el movimiento contrario: no podemos quitar los ojos de la presencia, nos inclinamos hacia el fondo del precipicio" (Paz, 1983: 133). Como las olas del mar, las que le trajeron un compañero, Bárbara otra vez se mece en este vaivén de movimiento doble. ¿Qué hacer? Dejarse ir, irse con él o permanecer en el jardín.



Encerrada en su cuarto, con el sol dentro la casa, aislándola de su mundo, lee la carta: "Bárbara, luz, salmo, arco iris: ¡Amor mío!" (Loynaz, 1993a: 161), deseando ser ella a quien llaman así. Imágenes del mar, de la nave junto a él, se intercalan con aquellas palabras... parece escuchar su nombre. ¿Quién la ha llamado?

El jardín parece borracho, está borracho de sol y cabecea pesadamente en las copas más altas, haciéndole señas confusas con sus ramas abiertas tendidas lastimeramente hacia ella; (...)

Es el jardín, que está borracho...

Y Bárbara se desatiende de él con gesto de impaciencia y busca entre las ramas el mar y lo encuentra más cerca, más azul, más ancho, triunfando sobre el verde, con una extraña contagiosa alegría... (Loynaz, 1993a: 161-162).

A pesar de la insistencia del Jardín, de su invitación a quedarse, Bárbara se decide por la otra invitación, la del mar, de ese nuevo mundo tan añorado por ella. Se pone de pie y pasa de largo junto a la ventana sin escuchar el llamado del jardín. "El cuarto se ha quedado solo, con unas cartas echadas en una gaveta. Vieja historia interrumpida que no se quiere oír más" (Loynaz, 1993a: 165). Bárbara elige no detener la historia; escoge volver la mirada atrás y enfocar la vista hacia el mundo del cual ha sido tomada. Aquel mundo que puede ofrecerle lo que a la otra le fue negado; mundo que representa el marinero, que si bien no es precisamente el nombre que firmaba las cartas, es el pase de su libertad.

¿Por qué quiere ella tenerlo? Será porque le habla del mundo, o le habla del mar, o porque se ríe mucho, o porque se le asemeja al hermoso almirante Nelson de su libro de Historia.

Él parece poseer todos los bienes de la Vida: la Salud y la Fuerza, la Juventud, la Alegría y la Paz... Tenerlo a él sería tener todo eso...( Loynaz, 1993a: 168).

Bárbara tiene ansias de Vida. Quiere tomar la libertad que el mar le ha ofrecido siempre. Quiere navegar el camino que se le ha abierto, junto a él, de su mano, hacia su mundo. "¡Qué pies los suyos para andar infatigables y seguros; qué barco el suyo para huir!..."(Loynaz, 1993a: 168). Toma una decisión, se marchará al día siguiente. Todo está listo para su viaje, para su re-injerto al mundo, de

vuelta a la vida que estaba destinada y limpia de esta otra, verde envuelta en tierra y flor. Cuando se dispone a salir, el jardín trata de disuadirla por última vez.

Tuvo la mórbida sensación de estar formada ella también parte del jardín. Se sintió verde, blanda, soleada, atraída por la cabeza hacia arriba y con los pies leñosos, pegados a la tierra siempre. Comprendió la tragedia vegetal, se sintió más, se sintió prolongada por abajo del suelo, apretada, empujada por las otras raíces, traspasada por finos hilillos de savia tibia, espesa, dulzona...

Quiso volverse atrás, desprenderse de la tierra y, apartando precipitadamente las malezas, rompió a andar con paso torpe y vacilante (Loynaz, 1993a: 180).

Sin embargo, Bárbara triunfa sobre la tragedia vegetal, continúa caminando, escapando, arrancándose para plantarse en otras tierras donde su nueva vida eche raíz y sus flores produzcan semilla y quizás hasta fruto para la cosecha. La libertad que ella busca, la vida que intenta rescatar es aquella de la que fue desarraigada. Sí, la distancia que separa ambos mundos se va acortando de la mano de su amado a bordo del *Euryanthe*. El viaje de retorno inicia y los cambios no se dejan esperar. Desde el momento en que Bárbara abandona su isla, existe un cambio en ella. No necesita llegar a tierra firme para mostrarse diferente, al día siguiente de la partida, en cuanto nace el sol y ella acude al llamado del joven marinero, "se sintió un batir de alas en el aire. Venía ella leve, despeinada, sonriente. Parecía de súbito otra mujer"(Loynaz, 1993a: 194). Comienza a injertarse, por segunda vez.

Al llegar, sin embargo, toda la sorpresa y lo novedoso del nuevo mundo no parece agradar a Bárbara. ¿Acaso no reconoce el mundo al cual originalmente pertenecía? Desciende del barco, recorre las calles, está de vuelta, y no obstante "le dolfan los pies como raíces desentrañadas" (Loynaz, 1993a: 203). El cambio es abrupto y ella lo siente. El mundo al que ha llegado es muy diferente al que había imaginado, deseado y construido en la soledad de su cuarto, apoyada en la ventana, mirando hacia el mar. Los seres que lo habitan, los seres humanos, sus costumbres, sus acciones, sus ideas, todo ello le es demasiado extraño. La

modernidad, la luz eléctrica, el pensamiento "moderno", la lógica, las matemáticas y la percepción del tiempo, la prisa, introducen a Bárbara a un mundo diametralmente opuesto del que ella sentía nostalgia.

Esta luz eléctrica no puede mostrarle un mundo mejor que el que ya ella había poseído en soledad, sólo con la fuerza de su deseo.

Esta luz eléctrica no puede alumbrarle más tiniebla que la que alumbró su corazón dentro del pecho.

Dios hizo el mundo en seis días, y ella lo hizo en veinte años. Veinte años o seis días, ¿qué son para esta fuerza de crear? (Loynaz, 1993a: 206).

Mediante esta fuerza Bárbara creó un "ideal" de mundo, creación lo suficientemente concreta como para arrancarla de su jardín. Entonces, el mundo "real" no es lo que la motivó a escapar ya que no es lo que ella concebía como patria original, como lugar de pertenencia. Surge entonces la pregunta ¿acaso Bárbara, ahora que siente nostalgia de raíz, de hoja y flor, recién mira hacia atrás, hacia la tierra donde realmente pertenece? ¿Cuál es finalmente la naturaleza que reclama a esta criatura? Se reanuda la tensión que la jala entre los dos mundos. El recuerdo la ha enfermado otra vez. La memoria la ha devuelto al jardín, le ha quitado el calor de la libertad y nuevamente la ha envuelto en aquel frío de húmeda tierra, de rocío matinal.

Cuando Bárbara llegó al mundo le costó tiempo adaptarse pero lo hizo, aunque fuera superficialmente. Como mujer, y en presencia de las otras mujeres del mundo, se reconoció en todas ellas. "Todas eran ella misma repetida, deshecha ya sin nombre y sin destino" (Loynaz, 1993a: 204). En aquel mundo, Bárbara pierde su identidad, pasa a ser parte anónima de esa manada de seres humanos. En medio de la multitud vuelve a sentirse sola y es que en este mundo, todos están solos. En este nuevo mundo ha perdido su nombre. Así como su pareja, *él*, Bárbara es reducida a un pronombre, *ella*. Y a pesar de esta reducción, de este abandonarse al mundo nuevo, Bárbara busca ser feliz y lo hace tratando de entender la razón de aquella locura. A diferencia de Nora que se obstina por ser

rama, Bárbara pelea por ser árbol. Pero el mundo no es lo que imaginaba, sola no puede lograrlo. Como último recurso se aferra a su compañero y con él parece lograr algún resultado: "Era, pues, feliz, sencillamente feliz. Se encontraba bien en el mundo y no desdeñaba su siglo" (Loynaz, 1993a: 220). Empieza la transformación, Bárbara se va haciendo humana. Se introduce en la sociedad, forma una familia y fructifica: tiene hijos.

Aparentemente todo ha salido bien, Bárbara está tomando raíces, pero existe un factor que no deja de molestar a la protagonista: la prisa. Todo el mundo parece sufrir de esta enfermedad: "prisa para comer, prisa para beber, prisa para dormir, prisa para despertar, prisa para reír, prisa para amar" (Loynaz, 1993a: 215). Y aunque Bárbara ha entrado a este ritmo — la narración de su vida, la concepción y crecimiento de sus hijos pasan en unas cuantas líneas — no puede acostumbrarse a él. Los hijos que ella había amado tiernos y pequeños, crecen a prisa, parecen ya traer inmanente el virus de la velocidad. La angustia la lleva a recordar y a evocar aquel tiempo mítico, aquel que no transcurría en el jardín, aquella hora que no pasaba, "Las seis y cuarto... Pensar que había un reloj en el mundo en el cual siempre eran las seis y cuarto" (Loynaz, 1993a: 216). La evocación trae nostalgia, la nostalgia, tristeza y la tristeza el deseo suficientemente fuerte para volverse acción: Bárbara quiere volver. El injerto, a pesar de dar frutos, no da resultado, no logra la conciliación entre las dos naturalezas opuestas de esta mujer. Bárbara empieza a marchitarse.

Muchos años después de la partida del jardín, el marinero decide hacer un viaje a la tierra natal de su esposa. A bordo de un nuevo bote que había comprado tiempo atrás y bautizado con su nombre, el *Santa Bárbara*, ambos se dirigen hacia la isla. La entrada sin embargo, está reservada sólo para ella. Cuando llega la noche, atracan en la bahía con la idea de descender al día siguiente y visitar el lugar. Pero apenas Bárbara vislumbra su tierra, el deseo de volver se hace incontenible como la decisión de permanecer allí. Y mientras él dormía, Bárbara no lo pensó más: "Se echó en el bote, desató la cuerda y, apoyando un remo en el costado del

barco, se deslizó ligeramente entre la noche" (Loynaz, 1993a: 236). Bárbara vuelve al mundo al cual pertenece.

Allí estaban su casa y su jardín, donde las vanas luces terrenales nunca habían osado penetrar. Allí podría dormir siquiera un poco... ¡Qué buen sueño se dormiría allí!

Dormir, volver, reintegrarse al vientre tibio de la sombra sin nacer todavía, sin saber de las luces de los hombres...

Su tierra la llamaba quedamente, la llamaba por su nombre íntimo que nadie sabía, y ella se sentía conmovida ante la insinuación de su tiniebla, ante el olor de su transpiración húmeda y verde (Loynaz, 1993a: 236).

Dormir sin prisa, volver al vientre, recuperar su identidad, su nombre íntimo, Bárbara. El llamado del jardín había suave quedado pero persistente. La actitud de Bárbara al llegar al jardín es tan diferente a la que poseía al salir de él; toda esa angustia, ese deseo de escapar se ha esfumado y, en su lugar, ahora gobierna un sentimiento de pertenencia y continuidad. Es la sangre quien la llama, la savia, la naturaleza que vibra y late en ella que le ha conducido de vuelta. Si bien el mundo que ella deseaba, del que fue tomada, parecía ser su hogar, el primer injerto había sentado raíces mucho más profundas que la memoria. Y así como el pabellón, que se ha perdido definitivamente en el jardín, ahora es ella quien reúne en sí los contrarios. La historia se repite y el verdadero lugar, el único, donde Bárbara, y toda Bárbara, podían crecer, era aquel donde ahora sus pies vuelven a enraizarse.

Cuando ambas criaturas se (re)encuentran el resultado es evidente, la comunión es inminente, el encuentro total. Bárbara es devorada por el jardín, pero a diferencia de Nora, es parte de él, esta vez, totalmente en armonía con el todo. "Tuvo la sensación de ser reabsorbida; de que la selva, dotada de una misteriosa facultad de succión, la embebía poco a poco, le hacía el vacío por delante, le daba vueltas a una órbita hacia cuyo fondo iba ella atraída rectamente" (Loynaz, 1993a: 243). Bárbara es literalmente absorbida y sepultada por el jardín. Y allí, como la otra, permanece por siempre en él.

## DESANDANDO EL CAMINO

Una vez recorridos los jardines cultivados por la escritura de Wiethüchter y Loynaz, recogemos de ellos, como cosecha de la lectura, un tipo de injerto entre el mundo "silvestre" y el "civilizado", que sin embargo toma diferente curso; los resultados o frutos son distintos. En el caso de *El jardín de Nora*, ambos mundos, el de Nora y Franz y el "mundo de adentro", no llegan a fusionarse y por lo tanto Nora ni su compañero logran traspasar su soledad. No existe reconciliación. ¿En qué falla el injerto? En los cuidados y en la falta de contacto entre "púa" y "patrón". Nora, como cultivadora y también rama a injertar, no reconoce o no quiere aceptar la presencia del Otro. La violencia de la imposición no llega a cicatrizar porque no se tiene el suficiente cuidado de "ceder" a vivir en "comunidad" con el otro, es decir, a comprenderlo. Si bien la presencia del Otro crea cierta reacción en la pareja austriaca, "asombro", "extrañeza" y hasta cierto "temor", no es suficiente para llevarlos a dar el salto hacia delante, para sumergirse en la Otredad y llegar a ser seres continuos. Hasta el último momento Nora no acepta la posibilidad de otro mundo, de otro jardín, por lo menos no como alternativa legítima de un paraíso perdido; persiste en quedarse del lado de su jardín.

Sin embargo, no todo se ha perdido, si bien las raíces sobrepujan a las ramas, el conjunto, el árbol produce fruto. Los hijos, considerados fruto silvestre o inservible desde el punto de vista de los padres, llegan a entrar en contacto y comunidad con el mundo de adentro. Son los niños que llegan a estar, aunque por un instante, momento en el que crean los huecos, en comunidad con la palabra creadora y con el jardín oculto. Los niños forman parte de esa totalidad, se alimentan de sus raíces, de su lenguaje. Son los niños, frutos de un injerto fallido, los que llegan a ser parte del verdadero jardín paradisíaco, del espacio mítico, son ellos los que retornan y logran traspasar su soledad.

En el caso de *Jardín*, el segundo injerto, de Bárbara al mundo moderno, es el que produce. Los hijos de Bárbara, desde el punto de vista del mundo "cultivado" son buenos frutos ya que se integran fácilmente en él, pero desde la perspectiva de la soledad, no son un buen fruto, como en el caso de *El jardín de Nora*. Estos otros frutos pertenecen a un mundo donde los opuestos están en continua lucha, sin posibilidad de conciliar. Los hijos de Bárbara se quedan en un extremo. Ella sin embargo, no logra ser parte del árbol del cual creía haber sido desprendida. El rechazo a ese mundo es diferente al que sentía por el jardín, rechazo que también era atracción, sentimiento que la lleva a volver a la isla, a emprender el camino de retorno.

El jardín es la verdadera patria original de Bárbara. Al parecer el contacto del primer injerto, entre la Niña y el jardín, dejó raíces muy profundas. Cuando ella vuelve, el injerto llega fácilmente a la comunión. ¿Por qué? En el caso de Bárbara existe un antecedente importante y es el injerto de su antecesora. En ella, la reunión de los contrarios es exitosa y además fructífera: Bárbara es su fruto. En sí misma lleva la savia de ambos mundos y por tanto, es imposible volver a ser injertada al patrón original de su abuela, el mundo "cultivado", Bárbara pertenece al jardín.

De una u otra manera, la continuidad, aunque no en las dos protagonistas, se da en ambas obras; y en las dos se narra su historia: comenzando desde la nostalgia de un paraíso perdido, el camino que supone la búsqueda, hasta el instante mismo de la fusión con la Otredad, es decir, el final del *laberinto de la soledad*. ¿Cómo es posible relatar un instante de revelación? Si bien la narrativa puede narrar la jornada, el camino de retorno, ¿es posible que narre también el instante de revelación? Estas dos obras lo logran y lo hacen porque en sí son fruto de otro injerto, encuentro entre dos opuestos: narración y poesía.

Tanto la obra de Wiethüchter como la de Loynaz han sido difícilmente encasilladas en un género, la razón es la singularidad que produce dicho injerto. Con sumo

cuidado y destreza, ambas poetas, cultivadoras de la palabra, injertan, podan y hacer florecer sus obras. La maestría que tienen en el uso de la palabra ayuda a que el contacto entre ambos contrarios sea íntimo. Poesía por un lado, prosa por el otro, estas obras llegan a fusionar características propias de cada una de manera armónica. Las dos llegan a ser fruto que no sólo narran un instante, sino también lo son.

De la obra poética de Wiethüchter, Elizabeth Monasterios dice: "Obcecadamente también la poesía de Wiethüchter buscará que el lenguaje deje de nombrar y representar el universo empírico y empiece a producir nuevas significaciones. Para ello, provocará tensiones entre sus usos convencionales y sus posibilidades creativas." (2004: 89). En *El Jardín de Nora* dicha tensión se genera, no sólo al interior de la obra (encuentro entre dos mundos opuestos, el "cultivado" y el "silvestre") sino también fuera o en ella misma (encuentro de dos géneros distintos). La tónica de su poesía, por tanto, se repite también en esta obra. Por otro lado, el lenguaje no es el de la prosa tradicional. Wiethüchter llena la narración de color, música e imágenes, es decir, su lenguaje colinda con el de un poema.

Fue en ese preciso momento, tal vez exactamente el instante en el que la sangre tocaba tierra, con un ritmo que crece oscuro y alado, como un viento afilado buscando expandir su bronca, como murciélagos sorprendidos, que apareció aquel rumor por vez primera en la jaula del pecho exprimiendo la leche (Wiethüchter, 1998:59).

Si la obra gana una historia de la prosa, de la poesía el lenguaje y la imagen. Pero existe en esta obra algo más que la aproxima a un poema y es su tratamiento del tiempo. A través de recursos narrativos, como las prolepsis y analepsis, se crean huecos en la linealidad temporal de *El jardín de Nora*, comprimiendo de tal forma la narración, que la historia se nos presenta como una imagen casi estática (atemporal) de los hechos. Así, más allá de la relativa brevedad de la obra, la impresión que recibimos al leerla, es la de haber vivido la lectura de un instante, el



instante en el que se abre el hueco y termina tragando a los padres, el mismo que lleva a los hijos a la continuidad.

La novela de Loynaz, por su lado, hace de este injerto algo explícito al poner como subtítulo de la misma: *novela lírica*, "etiqueta que proclama dos valores esenciales: la interiorización del discurso narrativo y la eternización de lo momentáneo" (Guzmán, 2004:1). A través de este género híbrido, *Jardín* puede, de la misma manera que *El jardín de Nora*, consolidarse como un fruto de reconciliación. Las características son similares, tanto el tratamiento del tiempo al interior del relato como el uso de un lenguaje poético hacen de esta obra un verdadero Edén de la palabra.

En cuanto al manejo del tiempo, esta obra tiene otro tipo de destreza. Toda la primera parte el tiempo no transcurre, son las imágenes las que nos sugieren una historia. Entonces Bárbara entra al mundo del tiempo cronometrado y la prisa se apodera también de la narración. Así, la narración dilata y contrae el tiempo a su gusto. Lo eterniza cuando entramos al jardín y lo fragmenta cuando salimos de él. Con respecto al lenguaje, Loynaz escribe de tal manera el mundo que percibe Bárbara que la narración casi llega a remplazar a la voz poética en un poema, todo es imagen. La riqueza de la escritura de la poeta deja semilla en la obra y profundas raíces en la narración.

Pasó un minuto y pasó un siglo. La luna, en el alero del mirador, rebotó con un sonido de cristales y fue a caer despedazada en el jardín a los pies de Bárbara.

Astillas de luna saltaron sobre su cara, y ella pudo sentir todavía un frío desconocido.

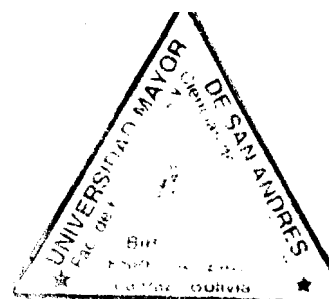
Se arrodilló en el sendero, recogió de entre la yerba la luna rota y la envolvió en su chal de encaje.

La tuvo un rato entre las manos, dueña por unos segundos del secreto de la noche. Luego hizo un hoyo muy hondo en el lugar en que la tierra era más tibia... Y así enterró la luna en el jardín.

Arriba plantó un gajo de almendro, y se fue con las manos húmedas embarradas de tierra y de luna.

(Loynaz 1993a:11)

El lenguaje de Loynaz y Wiethüchter en *Jardín y El jardín de Nora* (d)escribe y (re)crea una obra llena de sonido, de imagen e historia, donde en la palabra, casi como en el verso, como diría Paz, "resuena la música del mundo y metro y rimas — hechos e imágenes — no son sino correspondencia, ecos, de la armonía universal" (Paz, 1983:13). Ese universo donde los contrarios se encuentran y se (con)funden, ese espacio mítico donde un instante se hace historia y una historia se hace instante, ese injerto de dos mundos opuestos, ese jardín de frutos apetecibles que traspasan soledades, es la escritura que habitan Bárbara y Nora.



## Bibliografía:

ARRUFAT, Antón

S.f. Fragmentos de las palabras leídas por Antón Arrufat en el homenaje a Dulce María Loynaz. Guadalajara. [www.lajiribilla.cu](http://www.lajiribilla.cu)

BATAILLE, Georges

1997 *El erotismo*. Barcelona. Tusquets Editores, S.A.

GONZALEZ DORADO, Arturo

2005 "Dulce María Loynaz: *Jardín*. La alteridad de lo eterno" en Cubaliteraria. Portal de literatura cubana. [www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)

GUZMÁN URRERO PEÑA

2004 "La novela lírica" en *Géneros y subgéneros*. Centro virtual Cervantes. [www.cvc.cervantes.es/el\\_rinconete](http://www.cvc.cervantes.es/el_rinconete) 24 de junio de 2004

LOPEZ, César

s.f. "Valoraciones" en [www.cubaliteraria.cu/autor/dulce\\_maria\\_loynaz](http://www.cubaliteraria.cu/autor/dulce_maria_loynaz)

LOYNAZ, Dulce María

1993 *Poesía Completa*. La Habana. Editorial Letras Cubanas.

1993a *Jardín. Novela lírica*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.

LOZANO MARCO, Miguel A.

1984 "Asedios a la novela lírica" en *La novela lírica*. Darío Villanueva (ed.) Edición digital a partir de *Anales de Literatura Española*, núm. 3 (1984), Alicante, Universidad, Departamento de Literatura Española, pp.493-499.[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

MADRIGAL, Elena

s.f. *Bárbara y José Cemí, voces de la poesía en Jardín y Paradiso*, s.e.

MARTINEZ MALO, Aldo

S.f. "Cómo se escribió **Jardín**" en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

MITRE, Eduardo

1998 "La identidad en la obra" en *El Aliento en las Hojas. Otras voces de la poesía boliviana*. Plural, La Paz.

MONASTERIOS PÉREZ, Elizabeth.

2004 "Blanca Wiethüchter o la porfiada persistencia de una replegada hermosura" en *Blanca Wiethüchter, el Lugar del fuego*. Marcelo Villena Alvarado, editor. La Paz: Gente Común

PAZ, Octavio

1983 "Poesía y poema", "La imagen", "La otra orilla" y "La revelación poética" en *El Arco y la Lira* Fondo de Cultura Económica. México

2001 "Apéndice: Dialéctica de la Soledad" en *El laberinto de la Soledad* Cátedra, Madrid.

PORTILLA NEGRÍN, Juan Ramón de la

S.f. "Jardín y el Boom" en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

REINAGA CAMPOS, Lucía Tijsi

2004 *De las montañas de la locura a las montañas de La Paz: el hueco como herramienta para leer el horror en la ficción*. Tesis de Licenciatura, UMSA, La Paz.

SILES DEL VALLE, Juan Ignacio

2004 "Breves apuntes sobre *El jardín de Nora*" en *Blanca Wiethüchter, el Lugar del fuego*. Marcelo Villena Alvarado, editor. La Paz: Gente Común

VARIOS AUTORES

1995      *La Santa Biblia*. Corea. Sociedades Bíblicas Unidas.

WIETHUCTHER, Blanca.

1998      *El jardín de Nora*, La paz, Ediciones de la Mujercita Sentada.

Páginas Web

<http://www.sinnersite.com/aquibolivia/>

Aquí Bolivia. La historia de Bolivia en la Web. "Religión y cosmovisión andinas", S.f.